



ÉPOCA 3.^a — AÑO VI. — TOMO VI.

NÚMERO 11. — Madrid, 15 de Octubre de 1882.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

A LA DOCTORA MÍSTICA,

LUZ Y GUÍA EN EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN CRISTIANA;

Á LA REFORMADORA DEL CARMELO,

EJEMPLO Y GLORIA DEL CLAUSTRO;

AL SERAFÍN TRANSVERBERADO DE AMOR,

COMPAÑERA DE LOS ÁNGELES Y ADMIRACIÓN DE LOS HOMBRES;

Á LA ESCRITORA INSIGNE,

HONRA PRECLARA DE SU SEXO Y ENCANTO DE LA CRISTIANDAD;

Á

SANTA TERESA DE JESUS

COMPATRONA DE LAS ESPAÑAS,

EN EL TERCER CENTENARIO DE SU DICHOSA MUERTE,

LA ILUSTRACION CATÓLICA.

SUMARIO

TEXTO.—Dedicatoria á Santa Teresa.—Revista, por Nulema.—*Santa Teresa de Jesús*, por J. M. A.—*Muerte gloriosa de Santa Teresa de Jesús*, según la Bula de Canonización y los principales biógrafos de la Santa.—*Tabla cronológica de las fundaciones de Santa Teresa de Jesús*.—*Personas y carácter de Santa Teresa de Jesús*.—*Pensamientos de Santa Teresa de Jesús*, sacados del libro de su vida.—*Poesías de Santa Teresa de Jesús*.—*A los extasis de la Beata Madre Teresa de Jesús*, canción, por Miguel Cervantes Saavedra.—*Los grabados*.—*El infeliz Santiago*, por Paul Feval, traducido del francés por J. A. Padín.

GRABADOS.—*Santa Teresa de Jesús, según el retrato más auténtico*.—*Principales reliquias de Santa Teresa de Jesús*.—*Convento de la Encarnación en Avila, donde vivió treinta años la Santa*.—*Iglesia de Santa Teresa en Avila, edificada sobre el solar de la casa donde nació la Santa*.—*Iglesia y convento de San José en Avila, llamada LAS MADRES*.—*Retrato del Embo. Sr. D. Joaquín Luch y Garriga*, Cardenal Arzobispo de Sevilla: murió en 22 de Setiembre último.

REVISTA



El tercer centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, ha logrado despertar en España general entusiasmo, y aunque la intervención de ciertos personajes señalados por sus ideas anticristianas en la organización de las fiestas, ha disgustado á muchos, lo cierto es que la fiesta se realiza con extraordinaria pompa, y que la insigne doctora de Avila recibe unánimes demostraciones de amor de sus fervorosos compatriotas.

Sabemos, porque están á la vista ciertas proclamas y documentos relativos al centenario, que algunas personas de las que intervienen en la fiesta, no miran á Santa Teresa como santa y como religiosa, sino como mujer ilustre y como escritora; pero esta distinción es tan absurda y disparatada que no se comprende pueda haber en la imaginación de un loco, si este loco ha leído todas ó parte de las obras de Santa Teresa.

Cuando se celebró el centenario de Calderón también los impíos establecieron la misma diferencia, festejando, no al sacerdote ejemplar ni al poeta católico, sino al fecundo dramaturgo, gloria inmarcesible del Parnaso español. Entonces combatimos ya la distinción, porque nos parece absurdo que se festeje á un escritor, cuando se abomina de las ideas y sentimientos que informan sus obras; pero al fin Calderón, aunque sacerdote ejemplarísimo y poeta católico, no está en los altares, y de sus obras, aunque ortodoxas siempre, pueden sacarse trozos muy profanos. Lo que en manera alguna se comprende, lo que parece locura sin ejemplo y disparate sin medida, es que se trate de separar en Santa Teresa el concepto de escritora del carácter de Santa, como si el mérito de las obras de la insigne doctora no descansase por completo en las angelicales virtudes que las inspiraron, hasta el punto de que estas obras resultan ininteligibles para los que no poseen alguna chispa de aquella luz que inflamó el entendimiento de la Santa en las cumbres del Carmelo.

Los escritos de Santa Teresa, en manos de un impío, nos hacen el mismo efecto que nos harían las constituciones de las logias masónicas en manos de un santo anacoreta; es imposible que no le inspiren epugnancia y horror, como le causa al demonio la santa señal de la Cruz.

Las obras de Santa Teresa son llamadas de amor divino. En ellas no resplandece la sabiduría del mundo; no son, como las de San Agustín ó Santo Tomás, tesoros de filosofía y de erudición sagrada y profana; no enseñan otra cosa que á amar á Dios. ¿Cómo es posible que entusiasmen á los impíos, si son superiores á la capacidad espiritual, por decirlo así, de muchos cristianos que pasan por devotos?

Por eso cuando oímos decir que un impío es partidario de los escritos de Santa Teresa; que es admirador de la insigne doctora, pero no devoto de la gran Santa, desde luego juzgamos que el tal impío, ó es un tonto que no sabe lo que dice, ó un embustero que no dice lo que siente.

El Papa Gregorio XV, en la Bula de canonización de la Santa, expedida en Roma treinta y nueve años después de la muerte, dice que no sólo dejó á la Iglesia ejemplos de buenas obras, sino que la roció con lluvia de celestial sabiduría.

Y, en efecto, en los escritos de Santa Teresa no resplandece la humana sabiduría, que puede interesar á los hombres del mundo, sino la sabiduría del cielo, que sólo es accesible á las almas devotas, y es semilla de santos.

El Centenario de Santa Teresa es, por lo tanto, una fiesta eminentemente religiosa, y los impíos que intenten darle otro carácter, trabajarán en vano por desnaturalizarla, como serían estériles los esfuerzos que se hiciesen para quitar su luz al sol y el horror á las tinieblas.

En Madrid se celebrarán dos fiestas solemnísimas: una en Chamberí, y otra en San Isidro. La primera será la función parroquial, por ser Santa Teresa la Patrona de aquella iglesia, y la segunda, organizada

por varios católicos muy caracterizados, será, por decirlo así, una fiesta de familia, donde reinará la fraternal concordia de los católicos que rinden homenaje á las antiguas tradiciones de España.

Nosotros aplaudimos el pensamiento de esta fiesta; pues siendo Santa Teresa la compatrona de las Españas, creemos que todos los españoles dignos de este nombre, deben afanarse por solemnizar el centenario de su glorioso triunfo, acreditando con su devoción la rectitud de sus ideas.

La fiesta de Santa Teresa es una fiesta de familia: de la gran familia española; firme y constante en la fe, como dice León XIII, y unida en santa concordia de pensamientos y de acción, para mantener incólumes las venerandas tradiciones nacionales.

Nuestros lectores conocerán ya, y por eso no lo reproducimos aquí, el discurso de su Santidad á los peregrinos españoles. Sin embargo, cumpliendo los deseos del Padre Santo, que recomienda que estos consejos suyos se difundan, transcribimos los párrafos principales, que son modelo de sabiduría y de caridad, y en los cuales se marca con maravilloso tacto el derrotero de los católicos en el proceloso mar de las opiniones reinantes.

«La nación española es celebrada en todas partes por su firmeza y constancia en la fe, por su profunda adhesión á la Religión católica, y por la veneración y obsequio que profesa al Romano Pontífice. Estos sentimientos se conservan aún vivos en el seno de las familias, se revelan en la vida pública de la nación, se manifiestan con las obras.

Por estos títulos de sumo valor á nuestros ojos, y altamente gloriosos para vuestra patria, Nos amamos mucho á España, y es objeto de nuestra más paternal solicitud. Y esta solicitud nos hace desear ardentemente que nunca se aleje de sus verdaderas tradiciones y que, no obstante los esfuerzos de los enemigos, se muestre siempre más estrechamente unida y cada vez más firme y decidida en la obediencia á los Pastores sagrados.

Y puesto que los intereses religiosos, advertidlo bien, carísimos, van por su importancia delante de todos los demás, y deben ser amados por cada uno más que todos los otros, Nos quisiéramos que los Católicos españoles estuvieran todos concordados y se dieran la mano recíprocamente para defenderlos, promoverlos y procurarlos. Y ¡oh, qué consolador espectáculo sería si todos aquellos que en España se precian de hijos devotos de la Iglesia, se unieran en una santa concordia de pensamientos y de acción, para oponerse á la incredulidad é impiedad que prevalecen, como antes sus mayores, valerosamente se opusieron á la herejía, al cisma y al predominio de los moros! Así obtendría ciertamente grandísimas ventajas la Iglesia, y Nos no leve consuelo. No menores ventajas reportaría vuestra patria, que siempre halló en la influencia saludable de la Religión su principio fecundo de prosperidad y de grandeza.

Nós, por el amor que nos une á esa noble y fiel nación, dirigimos al cielo los más fervientes votos á fin de que, mediante la acción concorde de todos los buenos, y sus esfuerzos comunes resplandezcan en ella siempre días felices y gloriosos.»

Unión y concordia de todos los buenos, y unión de pensamientos y de acción para procurar que nuestra patria nunca se aleje de sus verdaderas tradiciones.

La política ha comenzado á fermentar, sirviéndole de levadura el proyecto de la formación de la izquierda dinástica.

El duque de la Torre, después de su largo retraimiento, ha vuelto á la vida pública y se ha erigido en caudillo de esta nueva hueste, que se propone nada menos que resucitar el cadáver de la malograda Constitución de 1869.

La cual está informada en un espíritu eminentemente republicano, y se trata de ver cómo se la ajusta á las exigencias de la monarquía. Es decir, que se trata de ver si una saya y un jubón confeccionado para el cuerpo de una moza de cántaro, puede ajustarse al de una dama elegante y remilgada, para que esta se exhiba y luzca en las solemnidades de corte.

Los conservadores apoyan la idea, y es natural, porque nada puede lisonjearle más á una dama que tiene los trages raídos y viejos, que el saber que tiene que habérselas en los salones con damas vestidas de arlequines y cuyos tocados sean el hazme reír de las gentes.

En cambio los ministeriales combaten la idea como innovación peligrosa y están por el statu quo, que en la vida gubernamental equivale al conocido refrán de viva la gallina y viva con su pepita.

¿Quién llevará el gato al agua? El que menos se

piense, porque la política de España se rige por la ley de lo imprevisto; para ella parece inventado aquel otro refrán: «Donde menos se piensa, salta la liebre.»

Quien dice liebre, dice gato, porque no es difícil que los partidos políticos nos den gato por liebre.

Al ver, ó mejor dicho, al no ver los faroles eléctricos de la calle de Alcalá, que por tres ó cuatro semanas han deslucido al célebre electricista Siemens, nadie diría que la electricidad está haciendo una verdadera revolución en la mecánica y en la industria, convirtiéndose en agente universal de progreso material, y en instrumento maravilloso de nuevas invenciones.

Pero mientras aquí la electricidad anda todavía por las nubes, en otros países corre ya por el agua. En Londres se acaba de botar al Támesis un vapor, intitulado *Electricity*, movido por cuarenta y dos acumuladores eléctricos, puestos en comunicación con dos máquinas Siemens. El vapor ha recorrido ocho millas por hora, contra viento y marea.

El ensayo felizmente realizado anuncia prodigiosas novedades en la náutica, pues dado el primer paso, sólo Dios sabe á donde nos llevarán las aplicaciones sucesivas de la electricidad, llamada á desacreditar al gas que nos alumbra y al vapor que nos mueve.

¿Llegará día en que la rapidez del telégrafo pueda aplicarse á la locomoción humana? ¿Viajaremos cabalgando sobre la chispa eléctrica, dando envidia á las águilas y reuniendo en un sólo pueblo á todos los de la tierra? Pensarlo sólo parece locura, y, no obstante, esta es ahora la aspiración de los hombres.

Somos hijos de los que levantaron la torre de Babel; ¿qué mucho que participemos de sus pecados y de sus castigos?

Dice un periódico que el ministro de la Gobernación se ha visto obligado á prohibir que nadie visite la nueva cárcel-modelo que está á punto de terminarse.

Hé aquí una prohibición que, lejos de impedir la entrada en la nueva cárcel-modelo, la viene á facilitar, porque bastará que uno se empeñe en violar la orden, para que la autoridad, en atención al desacato, le abra las puertas al delincuente.

No entran en la cárcel los que cumplen las leyes, sino los que las desobedecen.

La nueva ley de Enjuiciamiento criminal ha sido violada antes de promulgarse.

El ministro de Gracia y Justicia ha dispuesto que se reserve el Ministerio de su cargo la propiedad exclusiva de la edición, que se hará por cuenta del Estado; pero antes de acabarse de insertar en la *Gaceta*, la policía ha sorprendido en una librería varios ejemplares de la ley, íntegra y correcta, como si se hubiera tenido presente para componerla el manuscrito original.

Es una ley que nace con desgracia; ha sido secuestrada del mismo vientre de su madre: ¿cómo puede prometerse larga vida, cuando tiene que habérselas con criminales tan previsores y tan listos, que se adelantan para conculcarla hasta más allá de las columnas de la *Gaceta*?

El opulento marqués de Campo ha invitado para una gran cacería á los políticos de más talla: al duque de la Torre, Cánovas, Castelar, Martos, etc. etc.

La cacería, dice un periódico, será un acontecimiento político-venatorio-gastronómico.

En efecto, á juzgar por los cazadores, la fiesta será completa, porque ¿cómo se comprende un político que no sepa cazar con más destreza que un gato?

Los hay que cazan destinos, que cazan fortunas, que cazan partidarios, que cazan aplausos, y no pocos, que cazan liebres.

Nosotros asistiríamos con gusto á una cacería de hombres políticos.

Ya están funcionando todos los teatros de Madrid. La hidrópica sed de placeres que devora á esta sociedad que se muere de tedio, tiene fuentes donde proveerse, por más que nunca pueda saciarse.

Y puesto que tanto se afana por divertirse, conviene recordarle aquella expresión de Santa Teresa: «Señor, ó morir ó padecer; no os pido otra cosa para mí.»

Cerraremos esta crónica, puesto que se trata en ella de la marcha de los sucesos por el rápido curso del tiempo, con otro pensamiento de la insigne doctora, que es corolario del anterior: « Dame consuelo ver el reló, decía, porque me parece me llevo un poquito más para ver á Dios, desde que veo ser pasada aquella hora de mi vida. »

NULEMA.

SANTA TERESA DE JESÚS

I

Nacía Santa Teresa en Avila en 12 de Mayo de 1515, precisamente cuando el gran Carlos V se asentaba en el trono de San Fernando. El cielo, que desde su cuna la había predestinado al número de los elegidos, queriendo concertar sus nobles principios con sus gloriosos fines, dióle en sus virtuosos padres D. Alfonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, un nombre distinguido que, siendo parte á elevar la primitiva alteza de su alma, formara despues más visible contraste con la seráfica humildad de su vida.

Tierna, apasionada é inocente, desde sus primeros años sintió en su corazón la necesidad de amar ardientemente y embellecer con su amor cuanto la rodeaba; así es que fué el encanto de su familia y la predilecta de sus padres entre el gran número de hermanos que contaba. Para todos ellos tenía, sin embargo, igualmente propicio siempre su fraternal cariño; y si con uno se señaló de una manera especial su ternura, fué porque simpatizaba con ella más especialmente en aquellas afecciones que en adelante debían absorber su vida entera. Complacíanse los dos pequeños en meditar y comentar las vidas de los Santos que su buena madre les leía; é inflamados prematuramente sus corazones infantiles con la representación de los tormentos del mártir y las victorias del apóstol, envidiaban su suerte, gozándose con la esperanza de imitarlos otro día, para sacrificarse como ellos en aras de la fe que tan presto los iluminaba. Sus juegos favoritos eran hacer templos y monasterios con la tierra y piedras del huerto donde pasaban sus horas de solaz, y siempre recaían sus inocentes coloquios sobre el momento en que se viesen convirtiendo á los enemigos de su fe al seno de Jesucristo, ó padeciendo martirio. Estos días de candor y de ventura no se borraron jamás de la memoria de Teresa: acaso su recuerdo era el único lazo que unía sus pocas afecciones terrenas con aquel amor inmenso que más tarde llegó á hacerla esposa del Salvador.

Pero este mismo recuerdo, como todo lo que es terreno, estaba lleno de amarguras.

Su tierna y candorosa madre, pagando tributo á los gustos de su época, era muy dada á aquellos libros de caballería que poco despues dieron ocasión al príncipe de los ingenios para concebir su poema gigante. Lefanse estos libros á escondidas, contra la voluntad y prohibición del padre de Santa Teresa, que no en balde presentía, ó tal vez calculaba, lo poco á propósito que eran para dirigir por buen camino la educación moral é intelectual de su *doctorcilla*. Aquellas empresas amorosas de galantes paladines, con tan seductor estilo contadas, penetraron vivamente en la cálida imaginación de la doncella, inflamaron su voluntad, exaltaron su juicio, ligáronla al mundo con sus dorados hierros, y bien pronto la hicieron reparar en aquella hermosura que poseía sin saberlo. Ni era éste sólo el camino de tentación por donde debía llegar un día la Santa al camino de la penitencia. Los pensamientos que no se comunican suelen ahogarse en sí mismos; por el contrario, al comunicarlos parece que se inflaman, que se aseguran de su existencia y se desarrollan en su plenitud. Así se explica ese prodigioso magnetismo de las pasiones. — Por desgracia, Santa Teresa se acompañaba frecuentemente con una parienta suya, joven y amiga de los goces mundanos, la cual se adquirió la confianza de su sobrina con esa rapidez eléctrica con que se adquiere la confianza de una doncella por las mujeres de más edad, que aplauden y favorecen sus pensamientos juveniles.

Cuando el buen Alfonso Sánchez llegó á apercibirse del inminente riesgo en que tantos elementos enemigos habían colocado á su hija, echó de ver con tristeza y desconsuelo la enorme falta que le hacía su esposa y madre de su Teresa, que, descansando en brazos de la muerte cuatro años había, no podía ya tender los suyos maternales para salvar á ésta del abismo á donde caminaba. — Fuele preciso entonces suplir un medio eficaz, y adoptó como el más oportuno y seguro encargar la custodia de su hija á un convento de monjas Agustinas.

Mas ¡ay! ¡Pobre niña! La divina influencia que la

había sacado de las garras de la liviandad y los devaneos, no secó su ardiente corazón de mujer y de virgen, y tan atroces combates en su alma no podían menos de influir sobre su cuerpo: su salud se alteró de una manera alarmante, y fué preciso restituirla á la casa paterna para tratar de su curación. — Obtenida ésta al fin, tras largos padecimientos, sacáronla de Avila para trasladarla á una aldea donde vivía una hermana suya. — Dios sólo sabe el término de nuestros pasos: en lugar de llegar al punto pensado primeramente, deteniéndose Teresa en un pueblo del camino para recibir los obsequios de un tío suyo que estaba en aquél domiciliado y quiso tenerla algún tiempo en su compañía. — La pobre niña, huérfana de madre, apartada de sus hermanas, sin un apoyo en sus tribulaciones, debió ver un ángel de consuelo en aquel buen pariente, lleno de santidad, de juicio y de indulgencia, que tuvo bastante talento para penetrar su corazón, bastante bondad para compadecerla, y bastante autoridad para aconsejarla. — Sus palabras de caridad y de prudencia, su ejemplo y su piedad, hicieron una revolución en el espíritu de su atormentada sobrina; la convirtieron casi enteramente á su divino Esposo futuro. — Al cabo de tres meses, Teresa era ya de Dios. — Estaba decidida á ser monja. — Pero si Dios exigía de ella este holocausto, no así su bueno y amante padre, que no quería desprenderse de aquel tesoro de gracia y de belleza que el cielo otorgaba á sus cansados días. Opúsose resueltamente á la inopinada vocación de su hija, y sólo para despues de su muerte le concedía la libertad de realizarla. — Su hija, sin embargo, no era ya dueña de su voluntad, porque había sellado el eterno pacto con el cielo, y tenía que cumplirlo á despecho de todas las voluntades de la tierra. — Sale furtivamente del hogar donde nació, acompañada del hermano querido de su infancia; dirígese al convento de la Encarnación, llama á sus puertas como el mendigo á las del opulento, pide un asilo y el velo de las novicias. — Al cabo de un año era ya profesa, cuando contaba los diez y siete de su triste juventud.

Este último sacrificio había agotado sus fuerzas. « Cuando salí de la casa de mi padre, dice, me parece que cada hueso se apartaba por sí. » Y, en efecto, así era; toda su organización física estaba en un completo desarreglo, que se echó de ver más particularmente en su sistema nervioso, como sucede de ordinario en las enfermedades que tienen por causa las graves afecciones del ánimo. — Segunda vez fué necesario sacarla del pacífico y santo asilo que había elegido para siempre, y llevarla á la aldea con su hermano. Salió á recibirla en su camino aquel buen pariente, á quien tanto debía su espíritu de consuelos, y su corazón de paz; recibió de sus manos un libro sagrado que dirigiese sus oraciones, y en cuyas continuas meditaciones hallasen sus pensamientos la segura guía al camino de la perfección. La pobre monja no había encontrado un director espiritual que la comprendiese bien; á falta de un gran saber, necesitaba un sacerdote de gran fe y gran piedad que pudiera *prestar suplemento al defecto de los sentidos*, y no lo había hallado. — Vivía la desgraciada en un siglo de transición y de combate, en que la más pura fe vacilaba al impulso de las nuevas cuestiones teológicas, tan miserablemente descarriadas y tan fuera de su centro supremo, como los sentimientos de la época en que se agitaban. La pobre monja buscaba á su Dios entre sombras y entre lágrimas, y no hallaba una mano bastante fuerte ó bastante compasiva para conducirla al través de las primeras, ó para enjuagarla las segundas.

Llegada la madre Teresa al lugar de su curación, y más atenta á conjurar las penas de su alma que los sufrimientos de su cuerpo, buscando allí como buscaba en todas partes algún ministro, confidente de sus eternas congojas, halló un *eclesiástico muy letrado*, y al oírle cobró aliento aquella triste jóven, que juzgó llegado el término de su anhelo. — Pero Dios la tenía reservada para muy amargas pruebas, y no quiso darle tan pronto la hora del descanso: aquel eclesiástico necesitaba más recibir consuelos, que estaba en gracia de darlos, porque llevaba desde largo tiempo una vida de lucha entre sus deberes y sus pasiones. Bien pronto sus relaciones espirituales con la madre Teresa le hicieron conocer que la cordera era más fuerte que el pastor; y sondeó maravillado aquel corazón de mujer, aquella mente sublime que iba á ser el instrumento de que el cielo se valía para apartarlo del infierno: comunicóle su triste situación; confióle sus pecados. — El confesor se había salvado; la penitente había adquirido un desengaño más.

Tres meses pasó Santa Teresa en esta aldea, durante los cuales se hicieron cada vez más frecuentes y peligrosos los ataques de nervios, que acabaron de determinar el carácter de su enfermedad; en uno de aquellos la tuvieron por muerta, siendo acaso este medroso accidente el golpe de gracia que la Provi-

dencia le reservaba para dar el complemento á su humildad. — Viendo ya, en fin, que su salud no mejoraba, se restituyó á su monasterio, donde por espacio de tres años sufrió constantemente con una resignación evangélica su penosa enfermedad, que *la dejó en los huesos* y la obligaba á *andar á gatas*. — Nunca, sin embargo, se le oyó una queja; cuando le proponían que adoptase esos remedios impíos consagrados por la superstición, su risa desdeñosa hacía callar á los charlatanes curanderos. Su esperanza estaba en el cielo, y á él sólo acudió por la intercesión de San José.

La Providencia no fué sorda á sus preces; al cabo de tres años, en que su paciencia había crecido á medida de sus sufrimientos, llegó á verse en fin restablecida de su cruel enfermedad, si bien molestanda por achaques que no la dejaron hasta el sepulcro. — Mira entonces abiertas nuevamente las puertas de la vida; vuelve el vigor á sus miembros, el calor á su mente, y reuniendo sus recuerdos y renovando su juventud, renueva también aquellas tentaciones que el espíritu maligno le arrojaba en el comenzado camino de su entrevisto cielo. — La flaca humanidad se alucinaba ante el brillo fascinador de los engaños mundanos, y era preciso que aquella débil mujer retrocediese espantada ante las sombras de la penitencia que en sus místicas alas habían de trasportarla en breve al reino de los ángeles. Mas no sólo estaba dentro de su sér la fuente cenagosa de aquellos mortales extravíos; había también influencias exteriores, á cuyo poder estamos subordinados siempre los moradores de este valle de lágrimas, y que contribuyeron al retroceso con su maléfico contacto. — En el convento de su Orden no se guardaba la regla de clausura, y esta fatal contravención de los institutos monásticos, cual deben serlo, fué la senda por donde el mundo entraba con segura planta. — Severa y terrible censura de esta relajación monástica hacía Santa Teresa cuando, más tarde, avisada por la experiencia de sus dañosos efectos, imponía la más estrecha clausura por primera regla de sus fundaciones.

No duró mucho tiempo este apartamiento del seno divino. Llamada para asistir á su padre en una penosa dolencia, bien pronto los estímulos del amor filial, dominantes siempre en sumo grado en la mujer menos virtuosa, se ganaron puesto exclusivo en el corazón de Santa Teresa y comenzaron á purificarlo. — Fija siempre junto al lecho del dolor, expiando la menor señal del amado enfermo, miraba acercarse la agonía que se apresuraba, preludio congojoso del sueño de eterna paz. — Cerráronse para siempre los ojos de su padre; la misera tendió los suyos en derredor y no vió más que la soledad de la muerte; cayó arrodillada ante el lecho funeral, sin lágrimas en los ojos y sin más acento que para bendecir al Omnipotente. Era la orfandad que se rendía al infortunio: era la humana flaqueza postrándose ante la eternidad.

En vano la risa estúpida de un vulgo impío intentaba sofocar los instintos sobrehumanos de aquel alma extraordinaria; quejábase, sí, de la intolerancia con que el mundo recibía su piedad; pero compadecía y perdonaba como Cristo á sus detractores, y su espíritu victorioso trepaba por la escala de Jacob al trono inmenso de la bondad infinita. Para que todo conspirara á esta obra de redención, no faltó nada de cuanto emana de la Divinidad. Eso que el hombre llama *casualidad*, y los ángeles *Providencia*, puso en manos de Santa Teresa una imagen del Crucificado tan maravillosamente representada, que la mano de su artista debió ser sin duda conducida por un impulso celestial: al mismo tiempo conoció las Confesiones del gran Agustino, y como el genio comprende al genio, se sintió doblemente arrebatada por aquella misteriosa concepción del arte, y esta poderosa voz de la inspiración y la filosofía. Acostumbróse desde entonces á *materializar en su espíritu la oración del huerto*, y comenzó á sentir ese indefinible goce de la mística contemplación que tanto agotaron un tiempo los Profetas, y es en nuestros días el reposo del alma creyente.

De aquí parte esa admirable historia de celestes visiones que la sagrada escritora nos pinta con tan vivos colores, con imágenes tan risueñas, con palabras tan melodiosas. — Oídla describiendo lo que siente durante la contemplación: « Ama, dice, la voluntad; la memoria me parece está casi perdida; el entendimiento no discurre, pero no se pierde... Primero había tenido una ternura... un regalo, que ni bien es todo sensual, ni todo espiritual; todo es dado de Dios. » — Quiere seguir luego revelando estas sensaciones, y considerando cuán insuficiente es el lenguaje de la tierra, y más aún que esto, cediendo á esa humildad que la caracteriza, desconfía de hacerse entender, su aliento se desmaya, su fuerza se agota, y exclama con tristeza: « Basta ser mujer para caerme las alas. »

Bella cosa es por cierto, entre los laberintos en

que se abismaba la escolástica de aquellos tiempos, ver á esta *mujercita flaca y con poca fortaleza* trazar con un estilo vigoroso y una lucidez sorprendente el cuadro de las graduaciones por donde el espíritu va elevándose á Dios en la oración. Parece que hace la historia completa de la inteligencia humana desde sus primeras percepciones hasta el último punto de su comprensión; y sin embargo, en medio de sus inspiradas explicaciones exáltale de nuevo la idea de su flaqueza, y dice, como arrepentida de haber dejado entrever su genio: «que tan difícil empresa sólo se ha hecho *para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y de entendimiento*.» Y como si creyese no haberse aún sincerado bastante, añade poco después: «Torno otra vez á avisar que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no le subiese... En especial para mujeres es más malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión.»

En la parte expositiva de estas graduaciones del espíritu que hemos dicho, hay una nitidez tan ingenua, una insinuación tan esencialmente femenil, que no se acierta á comprender cómo pensamientos tan oscuros é ideas tan complejas pueden expresarse con palabras tan claras y sencillas. Pero esto es sólo en el principio de su exposición: su estilo se eleva como el espíritu cuando llega á hablar de las últimas graduaciones de éste; y entonces ya no se explica para enseñar, sino que su pluma vierte un raudal copioso de poesía y misticismo, que nos arrebatara en pos de sí, que penetra en el fondo de nuestras entrañas y nos trasporta á una región de celestiales ensueños. Hay entonces en sus palabras la ternura viva de la mujer, el acento de fuego del apóstol, los cantos del serafín, el concierto del universo proclamando á su Creador. Oídla, oídla describiendo el éxtasis: «Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran... No sabe el alma si hable, ni si calle, ni si ría, ni si lllore. Es un glorioso desatino, una celestial locura. Háblanse palabras sin concierto, si el mismo Señor no las concierta... Querría dar voces de alabanzas el alma, y está que no cabe en sí. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan á dar olor...» Y para completar su pintura con un símil decisivo y rotundo, en vez de decirnos que este arrobamiento se parece á tal ó cual cosa determinada, os lleva con la fuerza del huracán á los tiempos patriarcales, traspasa vuestra vista y pensamiento á aquellos remotos días en que Dios conversaba con el hombre, porque el hombre estaba más cerca de El, y os dice: «Esto me parece que debía sentir el admirable espíritu del profeta David.» Semejante reminiscencia sólo á Santa Teresa de Jesús podía haberle ocurrido. Pero no queda aquí el pasmo. Pasada la hora de la inspiración viene la hora de la razón, y queriendo dársela de lo que ha sentido, y buscando los medios de apurar sin estorbos aquel sagrado deleite que probó, evoca sus recuerdos, pone en acción su juicio, y después de profundas investigaciones os dice: «Que la memoria y la imaginación son enemigas del arrobamiento.» — Torna entonces á su habitual temor de haber invadido un terreno vedado á su flaqueza, y sin embargo de haber clasificado con toda la precisión del más consumado ideólogo el vario destino de cada una de las facultades de la inteligencia, pide perdón á sus confesores como si hubiera cometido un crimen horrendo, y les dice finalmente: «Eso ustedes lo entenderán con sus letras, que yo no lo sé más decir.» — Honrosa modestia sería esto en un hombre... pero en una mujer me parece una humildad prodigiosa.

Llegamos con esto al punto en que la madre Teresa comienza á alimentar en su espíritu el proyecto de sus célebres fundaciones; entramos en el período que señala los más tenaces sufrimientos de la madre Teresa de Jesús.

II

La edad de nuestra santa, entrada ya casi en la madurez; los continuos y penosos padecimientos de su cuerpo; su oración; los desengaños de la vida, que son para el alma débil una causa de desaliento, así como para el espíritu fuerte una aurora sombría de un eterno sol; todo esto junto había ya libertado á la madre Teresa de aquellos terribles combates, que pusieron á punto de sucumbir su espíritu y su cuerpo. Dentro de su mismo sér, é independientemente de la carne, debía pagar el necesario tributo á su naturaleza humana; y allí donde acabaron los deseos terrenales y las mundanas pasiones, hubo de venir la duda, y con ella el temor á vueltas de la esperanza... ¿Quién podía asegurar á aquella mujer flaca, extenuada por la penitencia, abrasada en el fuego del amor divino, combatida por consejos opuestos y contrarias exhortaciones de sus directores espirituales; quién podía asegurarle que aquellas visiones de un mundo desconocido, que aquellos éx-

tasis frecuentes, que aquellas voces del cielo, no eran una inspiración del maligno espíritu que quería jugar con su flaqueza, lisonjear sus deseos con pérfidos engaños, apoderarse de sus potencias, y lanzarla sin defensa en las garras de la superstición?... Al tender los ojos en derredor de sí; al considerar aquel afán convulsivo de sus incrédulos tiempos, en que á fuerza de querer hallar á Dios por vías tortuosas, veíase el torbellino de sistemas contradictorios invadir el pacífico asilo de una fe inmaculada, ¿cómo, dónde, en quién encontrar la verdad?... Pobre mujer, que oía decir al mundo, cuando revelaba estos pensamientos, que eran *repulgos de beata y caprichos de monja*.

Pero estaba decidido que Dios no había de abandonarla. Entre tantos seres corrompidos é insuficientes como presenciaban sus tribulaciones, burlándose de ellas los unos y sin comprenderlas los otros, depárole el ángel de su guarda un caballero noble, creyente, virtuoso y experimentado, que, adivinando al través de sus tímidas palabras los estragos de su espíritu, comenzó por alentarla con ese lenguaje persuasivo de las creencias profundas, y la puso en contacto con hombres que, dueños del saber de su época y animados por una fe viva é ilustrada, podían acercarse á la atormentada monja como hermanos y maestros, los jesuitas. Momento importante á la verdad en la vida de la santa, porque él señaló la hora en que, terminados los tiempos de inacción y de espera, debía comenzar la grande obra de la reforma de su orden. Desde este momento, ofrecido por Dios á su empresa para llevarla por el recto camino, empezó á ponerse en contacto con todos los hombres que se distinguían en aquellos tiempos por la santidad de su vida, la excelencia de su talento ó el lustre de su cuna. Conoce primero á aquel duque de Gandía y marqués de Lombay, que después de haber aprendido en el cadáver de un objeto amado cuánta es la vileza de esta prisión de fango que llamamos cuerpo, no quiso *servir más á señores que en gusanos se convierten*, y que habiendo llevado por muchos años el cilicio del penitente bajo la modesta sotana de la compañía, fué ensalzado después de su muerte con la corona de los elegidos bajo la advocación de San Francisco de Borja.

Contrae luego vínculos de amistad con la noble señora doña Guiomar de Ulloa, quien, después de haberla dado á conocer á muchos sabios varones de la compañía de Jesús, la lleva por fin á los pies de aquel Fr. Pedro de Alcántara, célebre reformador, hoy contado entre los santos y venerado en nuestros altares; aquel fraile ilustre de tan humilde vida como elevados pensamientos, y á quien tal habían puesto sus penitencias y mortificaciones, que al describir la santa su aspecto con ese pincel que traza un cuadro con un sólo toque, dice: *parecía estar hecho de raíces de árboles*. Acostumbrada ya al trato de confesores ilustrados y á depositar confiada en su seno aquellos misterios sublimes de su interno padecer; colocada al pie de aquellos hombres llamados por el cielo como ella, pudo su angustiado pecho latir con más libertad; y á medida que su razón se iluminaba, sentía exaltarse su primitiva fé, purificada ya de aquellos tormentosos vaivenes, que le hacía sentir el escepticismo de su época, como de aquellas fatales preocupaciones que había suscitado en su trabajada mente la falta de saber en algunos de sus confesores.

Segura ya de la protección divina, superior con toda la superioridad del genio, á los errores que habían agitado su conciencia escrupulosa, pudo entregar sin recelo sus facultades á la realización del gran proyecto que tan gloriosamente ocupó el último tercio de su vida.

La mitigación de la regla primitiva del Carmen había traído la decadencia casi completa de ésta y el olvido del espíritu que animara á los anacoretas cristianos que se propusieron vivir á imitación del profeta Elías. Algunas almas piadosas devoraban en silencio el dolor que les causaba tal decadencia; pero ninguna, sin embargo, se había atrevido á luchar de frente con él. Desde el instante que Santa Teresa dió á conocer su proyecto, comenzaron las monjas de la Encarnación á censurarla destempladamente: seguras como estaban de hallar en su auxilio un gran número de opositores á la reforma, desplegaron todos sus recursos para prevenir la pública opinión contra ella. Bien pronto consiguieron trocar la voluntad del provincial de la Orden, que arrastrado por las persuaciones de su ilustre súbdita, había antes ofrecido serle favorable.

Volvióse entonces á su Dios: llamólo, y vino á renovarle su promesa y el ya desmayado aliento; y concertando en las vías de la tierra las providencias de su eternidad, comenzó á oponer amigos á sus perseguidores. Mientras un religioso dominico de toda su confianza negociaba con la corte de Roma las licencias oportunas, el rector de la compañía de

Jesús, Fr. Gaspar de Salazar, la protegía inmediatamente con sus consejos é influencia. El fué quien le propuso la idea de comprar la pequeña casa donde había de echarse el cimiento de la fundación, á nombre de una hermana de la Santa, que había de labrarla como de su cuenta. La adopción de este inocente ardid produjo el buen resultado que se esperaba, pues se evitó por medio de él la alarma que probablemente se habría exaltado en el ya dispuesto vulgo, al ver que se procedía á vías de hecho. Dado este paso, comenzó otra serie de afanes para la pobre monja: hallábase en primer lugar con que la casita comprada era demasiado pequeña para su objeto, y aun á pesar de esta pequeñez encontrábase por otra parte sin los dineros que eran precisos para los gastos ulteriores; pues doña Guiomar, que después de haber compartido con ella las persecuciones y los insultos, le había cedido sus bienes para aquel efecto, no poseía los suficientes para la empresa. Cuando parecía que faltaban todos los recursos, recibió una carta de su piadoso hermano don Lorenzo de Cepeda, que desde las Indias le remitía una gruesa cantidad de dinero sin haberle pedido socorro ni manifestado sus apuros.

Por tan visibles y sencillos medios venía el cielo en apoyo de la combatida reforma. Dios, sin embargo, que para enaltecer más su triunfo toleraba aquella especie de lucha entre los mandatos del cielo y las oposiciones de la tierra, permitió entonces que se conjurase un nuevo elemento contra su sierva escogida, si bien para convertirlo luego en favor de sus empresas.

Doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, lloraba inconsolable la pérdida de un esposo amado, cuando llegó á sus oídos el ya célebre nombre de la madre Teresa; y deseando hallar en sus virtudes un lenitivo para su infortunio, se decidió á buscar sus consuelos en aquella religiosa tan experimentada ya en los diversos azares de la vida, y tan práctica en el conocimiento de los caminos del cielo. Rogó con este fin al provincial de su Orden que la hiciese venir á Toledo, donde se encontraba doña Luisa; y aquel prelado, accediendo á este deseo, la mandó ponerse en camino bajo precepto irrecusable de obediencia. No era por entonces obligatoria la clausura con el rigor que hacía aquella misma época la decretaba el santo Concilio de Trento. Era preciso obedecer: acude á su llamamiento en compañía de otra religiosa; llega al lado de la noble viuda, le habla con las palabras de Job, restituye la tranquilidad á su espíritu y á su corazón solaz, apodérase de sus ideas y sentimientos, y acaba por conciliarse su admiración y cariño. Durante su residencia en casa de esta señora, comprendió la madre Teresa cuánto veneno hay encerrado en las cunas de oro; cuánta inquietud en los alcázares de la grandeza humana, cuánto miasma nocivo entre el incienso de los cortesanos. De inferir es, pues, cuán oprimido se sentiría aquel espíritu santificado por la humildad é independiente por el genio, en los seis meses que respiró esta atmósfera de ponzoña y de hielo; pero este mismo sacrificio que le imponía su condición, no quedó al fin sin compensaciones. La beata María de Jesús, que recién venida de Roma con despachos para fundar la casa de Carmelitas descalzas en Alcalá, deseaba conocerla por la mancomunada de sus proyectos respectivos, fué á verla, y con esa confianza que rápidamente se gana la simpatía, contóle todos los procedimientos de su consumada empresa, enseñóle que la pobreza era una ley indeclinable de su Orden, y la decidió á adoptarla como regla de sus futuras fundaciones á despecho de toda oposición y de todo sufrimiento. Por el mismo estilo y con gran vehemencia le escribió también San Pedro Alcántara, á quien ya conocía y admiraba, y cuyas exhortaciones y pareceres la confirmaron en aquella decisión. Coincidiendo afortunadamente con estos felices auspicios el haberle el Provincial levantado el mandamiento que la retenía en Toledo, tornó á Avila, no sin las lágrimas de su noble huésped.

Llegó al mismo tiempo que ella á Avila el despacho dimisorio obtenido en Roma, y segura, no obstante esta autorización, de que su provincial se le opondría, como antes lo había hecho, solicitó y obtuvo el favor del obispo de su diócesis, mediante la intercesión de San Pedro de Alcántara y de un hidalgo su protector y amigo, que recabaron de aquel prelado la licencia para fundar el monasterio en la mencionada casita bajo la condición de pobreza que la Santa deseaba. El 24 de Agosto de 1562 se puso en aquella el Santísimo Sacramento y tomaron hábito algunas doncellas, huérfanas en la mayor parte. Desde entonces, la madre doña Teresa de Cepeda y Ahumada comenzó á llamarse Teresa de Jesús, inaugurando la nueva casa bajo la advocación de San José. A vista de este triunfo obtenido, no ya entre las sombras del misterio, sino á la luz del día y en

presencia de cuantos obstáculos de todo género habían opuesto la envidia y la barbarie, preciso fué que el antagonismo de las monjas de la Encarnación se excitase al último punto, y apelando entonces la priora de éstas á valerse de su autoridad, la llamó al convento bajo precepto de obediencia, y emplazándola allí ante el provincial de la Orden, fué interrogada en forma de juicio, poniendo en una dura prueba su paciencia y humildad. Sin perder la agusta rea un solo momento de su gravedad, y esquivando desde luego toda polémica con las religiosas, se confesó culpable con gran humildad y dió sus descargos al provincial con tal modestia y sencillez y tan persuasiva elocuencia, que no hallando culpa alguna en su conducta, la absolvió el prelado, y oyéndola después particularmente y con más sosiego, convirtiéndose decididamente en su favorecedor y consejero, le prometió restituirla á su monasterio de San José, tan pronto como se calmase la turbación que había en la ciudad. Reunióse tres días después el concejo con ánimo de hacer cerrar el monasterio, alegando que el mucho número de ellos era perjudicial á la población. Llamóse á los prelados de los otros conventos: en la reunión que celebraron, salió á defender el instituto un religioso dominico llamado fray Domingo Bañez, célebre teólogo y escritor, que logró calmar aquella efervescencia. Por fin, acordóse llevar el asunto al consejo real. Entáblase el pleito; pide este tribunal sus informaciones; superior á la parcialidad, á los errores del vulgo y al empeño de muchos notables, aprueba y manda proteger la nueva fundación. Calmadas ya las persecuciones por parte del ayuntamiento y de las monjas de la Encarnación, y habiendo logrado permiso del provincial para volver á San José, tuvo la gran satisfacción de que la siguieran á éste algunas monjas del primitivo convento. Cuando algunos años después llegó allá el general del Carmen, no solamente aprobó la fundación, sino que la autorizó para que hiciera cuantas pudiese, y además otros dos monasterios de varones.

Aquí verdaderamente comienza esa historia de la reforma, magnífico panorama de sublime abnegación, de varonil perseverancia, de esfuerzos sobrehumanos, de agudos martirios, de brillantes ovaciones. Harto dolor nos cuesta no poder encerrar en los límites de un artículo de periódico este poema verdadero de hechos increíbles, cuya gloriosa consumación no podría concebirse á no ver la excelsa mano que en ellos intervenía. — No omitiremos, sin embargo, la narración de uno de aquellos hechos, cuyo carácter puede considerarse típico de los demás, tanto por la gravedad de los tormentos que le ennoblecieron como por la trascendental influencia de los triunfos que lo divinizaron.

Hallábase Santa Teresa en Medina ejerciendo el cargo de Priora del monasterio fundado allí por ella en 1567, cuando el visitador general de la orden del Carmen era tégigo en Avila del estado de postración y penuria en que se hallaba el convento de la Encarnación. Buscando aquel celoso Prelado un medio bastante eficaz para poner coto á tan sensible decadencia, pensó valerse de la virtud y autoridad de la célebre reformadora, y la mandó llamar para que se encargara de la dirección de sus antiguas compañeras. — No podía ser más árdua ni arriesgada esta comisión para quien estaba cierta de hallar, en vez de súbditas obedientes, algunas desafectadas de las que habían mirado con malos ojos la fundación del pobre convento primero de San José. — Llegó por fin el día señalado para aquella reunión; anticipase á entrar en la sala capitular, y concurren igualmente á ella las amigas y las desafectadas... En la silla prioral está la imagen de la sagrada Virgen con las llaves del convento en la mano; á sus piés la madre Teresa inmóvil y silenciosa, la cual, sentándose humildemente en la tarima, les dice con su habitual sencillez y modestia. — «Señoras madres y hermanas mías: Nuestro Señor por medio de la obediencia me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, de que estaba yo tan descuidada cuan lejos de merecerlo... Sólo he venido para servirlos y regalarlos en todo lo que yo pudiese, y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme.» Cuando las asombradas monjas se recobraron de su sorpresa, estaban llorando de ternura y arrepentimiento, y tendían sus brazos fraternales á aquella heroica mujer, que las había hecho suyas para siempre. — Pero aún no queda aquí su triunfo. Pasado el instante de sorpresa y arrepentimiento, pudo tornar la antigua malquerencia ó convertirse cuando más en un desvío inofensivo; pues bien, lejos de eso, dos años después de la descrita escena, y reunidas las monjas en nuevo capítulo para nombrar sucesora á la madre Teresa, la reeligen por unanimidad; pero esta reelección necesitaba ser aprobada por los superiores; y recelosos éstos del omnímodo influjo que ejercía so-

bre el convento, le niegan su sanción... Aquellas monjas que la habían recibido con despego y á despecho suyo, reclaman ahora ante los superiores para que continúe al frente de la comunidad, y viendo que no pueden conseguirlo, únense á la fundadora en número de veintiuna; y abrazando la reforma con fe ardiente, abandonan el convento de la Encarnación, y renuevan sus votos en los erigidos por su ya querida hermana Teresa.

Tal fué la alternativa de obstáculos removidos, de prevenciones vencidas, de oposiciones conciliadas, que probó aquella en los veinte años que duró la obra de sus fundaciones. Su antigua amiga doña Luisa de la Cerda le da solar y rentas para fundar un convento en su villa de *Málaga*. Un joven disipado y jugador, hermano del obispo de Avila, tuvo el feliz pensamiento de darle una casa suya para fundar en *Valladolid*; donativo á que debió aquel su salvación. La princesa de Eboli la obligó á ir á *Pastorana*, donde fundó un monasterio de religiosas y el segundo de sus frailes; y si bien el genio voluble y dominante de la princesa hizo á las religiosas abandonar su convento, las que de allí emigraron fundaron en *Segovia*. Un comerciante rico de *Toledo* le ofreció recursos por mediación del rector de la Compañía para fundar en aquella ciudad; pero el día que tomó posesión de la casa alquilada, se reducía á dos mantas todo el ajuar de la comunidad y no tenían ni aun dos cuartos para comer, á pesar de las riquezas del comerciante y de doña Luisa de la Cerda. En *Sevilla* se vió acusada y perseguida por una beata hipócrita, que no pudiendo sufrir la austeridad de vida, disculpó su salida del convento con mil patrañas, de cuyas resultas estuvo Santa Teresa para ser conducida á las cárceles del Santo Oficio. En *Salamanca* hubo de fundar en una casa donde habían vivido estudiantes y con harto temor de ser víctima de sus travesuras; en vano buscó mejor mansión para sus hijas, pues murió sin poder proporcionarla; y cuando desde allí pasó á fundar en la inmediata villa de *Alba de Tormes*, fué á cavar allí su sepultura, según los designios de la Providencia.

Cuando cansada de todas estas trabajosas fundaciones parecía que debiera dársele alguna tregua y respiro, levantóse contra ella y su reforma una tormenta deshecha. Muerto el nuncio Hormaneto, su protector, vino otro mal dispuesto contra la Santa, á la cual calificaba de *femina inquieta* y *andariega*, pues le habían preocupado contra ella los carmelitas calzados de su país.

Vió entonces dispersos á sus hijos, castigado al P. Gerónimo Gracián, su hijo predilecto y director, á quien había hecho voto de obedecer, amenazada la existencia de su reforma, denunciado á la Inquisición el libro de su vida, escrito para dar á sus directores cuenta de su espíritu; y ella misma reclusa en su convento de Toledo, con prohibición de salir á nuevas fundaciones.

Preciso fué que Felipe II interpusiera su poderoso valimiento á favor de ella: vista la causa con imparcialidad por el nuevo Nuncio y los asesores nombrados por el Consejo, los émulos y enemigos se convirtieron en partidarios.

Entretanto su incansable pluma dirigía á sus hijos admirables consejos desde el rincón de su celdita en el convento de Toledo, y al mismo tiempo escribía por mandato del P. Gracián aquel altísimo libro de la más sublime perfección y contemplación llamado el *Castillo interior ó las moradas*, obra de la más elevada doctrina que posee la mística cristiana.

Esta sería la ocasión oportuna de hablar de sus obras, si entrase en nuestras miras este propósito. Pero es tarea superior á nuestras fuerzas entrar ahora en el exámen de estas sublimes producciones inspiradas por el Espíritu Santo, que no tiene rival en el mundo. Nos limitaremos á decir que son, además *De la Vida*, que tiene 40 capítulos, el *Camino de perfección*, que tiene 48; el *Libro de las fundaciones*, que consta de 31; el *Castillo interior ó las moradas*, que tiene 27; el *Modo de visitar los conventos de religiosas descalzas*; los *Conceptos* del amor de Dios sobre algunas palabras de los Cantares de Salomón, en 7 capítulos; las *Exclamaciones ó meditaciones del alma á Dios*, que son 17; los *Avisos á sus monjas*, que son 88; las *Constituciones*; y por último, las *Cartas*, que forman una voluminosa é interesantísima colección. Pocas obras se hallarán tan á propósito como estas para avivar la fe, levantar el alma á Dios y encender en el corazón el fuego santo del amor.

Cuando pasada ya la borrasca al cabo de dos años, parecía que sólo le restaba descansar para prepararse á morir, vióse precisada á visitar algunos de sus turbados monasterios, y llena de dolores tuvo que salir á nuevas fundaciones en Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos, donde las exigencias de un provisor la sujetaron á una serie de sufrimientos capaces de vencer otra paciencia y constancia que no fuera la de Santa Teresa.

Tornaba de Burgos á su monasterio de Avila; y visitando en su tránsito el de Medina, fué avisada en esta ciudad del vivo deseo de verla que tenía la duquesa de Alba, en cuya villa había también extendido la reforma en 1571. — Rendida de cansancio, agobiada por sus achaques y sus muchos años, y quebrantada por agudos dolores, especialmente el producido por la fractura del brazo izquierdo, y más que todo inspirada por el divino espíritu que guiaba sus plantas á buscar el lecho de la paz eterna, se puso en camino para Alba de Tormes.

Al llegar al monasterio, el día 20 de Setiembre, hubo necesidad de hacerle guardar cama, en la que entró para esperar una muerte que ya no la sorprendía: pidió el Viático el 1.º de Octubre, y al cabo de una lenta agonía, en que sus labios inspirados cantaban el himno de la libertad infinita á medida que se aumentaban sus dolores corporales; cayó por fin exánime en brazos de la venerable Ana de San Bartolomé, su compañera y secretaria en los últimos años de su vida; y con los ojos clavados en el Crucifijo que sus manos estrechaban, exhaló el último aliento de los bienaventurados á las nueve de la noche del 5 de Octubre de 1582.

Al preguntarle poco antes dónde quería se depositasen sus restos, contestó sonriéndose: «donde quiera: ¿no me darán aquí por caridad un poco de tierra para enterrarme?»

Diósele, efectivamente, sepultura en el convento de Alba, donde permaneció hasta 1585, en que poco menos que furtivamente, si bien por acuerdo del capítulo general de su orden, fué exhumada y trasportada á su monasterio de San José de Avila, habiendo hallado su cadáver, no sólo incorrupto, sino expidiendo un celestial aroma. — Pero aquel cuerpo tan martirizado en la vida, primero por los combates con su agitado espíritu, luego por el férreo brazo de las más crudas dolencias, y últimamente por las contradicciones de sus émulos y perseguidores, debía ser, cuando estaba inanimado, un objeto de veneración y anhelo, y reputado como un tesoro inapreciable. — Así es, que fuertemente disgustados los duques de Alba por su traslación referida, recabaron de Su Santidad por conducto de su deudo y pariente el prior de San Juan, don Fernando de Toledo, el expreso mandato de su restitución al primitivo enterramiento, que se verificó en 1586. — Yace en nuestros días sobre el altar mayor de la iglesia de las carmelitas de Alba, en un camarín hecho al efecto, y guardada en un arca de plata rodeada de mármoles y bronce. En otro bello camarín del magnífico Escorial, existen los autógrafos de su vida y fundaciones, el Camino de perfección y el Modo de visitar los conventos, y la escribanía de que se sirvió la santa doctora, la escritora elegante y festiva, que guardaba en una mano los rayos del amor divino, y exparcía pródigamente con la otra esas flores de poesía y de ternura que nos embriagan con su bálsamo, al par que inundan nuestro corazón de poetas y cristianos con las más puras doctrinas. Los reyes y las cortes obtuvieron de la Santa Sede en el siglo XVII que se la declarase patrona de España; y las Cortes de Cádiz renovaron aquel acuerdo. El nombre de Santa Teresa es uno de los más célebres y gloriosos en España. La fama de sus escritos se aumenta de día en día, y su veneración y culto crecen y se dilatan cada vez más por toda la Iglesia á pesar de la corrupción de un siglo materialista y descreído.

J. M. A.

MUERTE GLORIOSA

DE

SANTA TERESA DE JESUS

según la Bula de Canonización y los principales biógrafos de la Santa.

DE LA BULA DE SU CANONIZACIÓN.



LEGANDO el tiempo en que había de recibir de mano del Señor la corona de gloria merecida por tantos trabajos sufridos por su honra y por tantas buenas obras llevadas á cabo para la utilidad de la Iglesia, fué acometida en Alba por una grave enfermedad, durante la cual conversaba frecuentemente con las hermanas acerca del amor divino: muchas veces daba gracias á Dios porque la había hecho hija de la Iglesia; recomendaba como los bienes mayores la pobreza y la obediencia á los prelados; y después de recibir con la humildad más profunda y con caridad casi divina los sacramentos del Viático y Extremaunción, teniendo en sus manos el crucifijo, voló á los cielos. Con muchísimas señales manifestó Dios el grado de gloria que la había concedido, y muchas religiosas vieron la diadema y esplen-

dor que tenía en la patria celestial. Una vió multitud de luces maravillosas sobre la iglesia, en el coro y sobre la celda de la Santa; otra, á Jesucristo Nuestro Señor, rodeado de toda su gloria y de numerosas huestes de ángeles, asistiéndola en el lecho; otra, muchos ángeles adornados con blancas vestiduras, que entrando en la celda, la rodeaban; otra, en el mismo momento de su muerte vió una blanca paloma que salía de su boca y volaba al cielo; otra, admiró un resplandor parecido al reflejo de un cristal, que salía por la ventana; y finalmente, también una religiosa vió que un árbol destruído por una cerca de piedra y cal y seco ya de mucho tiempo, contra lo que exigían la estación y la naturaleza, apareció lleno de flores en la misma hora de su muerte.—Párrafo 11.

DE LA VIDA ESCRITA POR EL
P. FRANCISCO DE RIVERA.

Pidió la Extremaunción y recibió la con mucha reverencia á las nueve de la noche del mismo día, víspera de San Francisco. En toda esta noche no dejó de padecer muchos dolores, saliendo de cuando en cuando con sus versos acostumbrados; y el día siguiente, á las siete de la mañana, se echó de un lado, de la manera que pintan á la Magdalena y con un crucifijo en la mano, el cual tuvo hasta que se lo quitaron para enterrarla; el rostro tenía encendido, y así se estuvo en oración con grandísimo sosiego y quietud, sin menearse más. Cuando estaba en el artículo de la muerte, una he-



SANTA TERESA DE JESÚS SEGÚN EL RETRATO MÁS AUTÉNTICO.⁵

mana la estaba mirando con grande atención y parecíala que veía en ella señales de que la estaba hablando Nuestro Señor y mostrándola grandes cosas, porque hacía meneos como quien se maravilla de lo mucho que veía. Así estuvo hasta las nueve de la noche, en que dió su santa alma á su Criador; jueves, día de San Francisco.—Libro III, cap. xv.

DEL P. FRANCISCO DE SANTA MARÍA, EN LA OBRA "REFORMA DE LOS DESCALZOS DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN."

Habiendo recibido el Santísimo Sacramento por Viático, pidió el de la Extremaunción. Pasó toda aquella noche en excesivos dolores, repitiendo de cuando en cuando amorosos versos jaculatorios. A las siete de la mañana siguiente día de San Francisco, se echó de un lado, teniendo la cabeza sobre los hombros de la venerable Ana de San Bartolomé¹, á la manera que pintan á la Magdalena, con su crucifijo en la mano, que tuvo siempre, hasta que se lo quitaron para enterrarla. Comenzó un gran sosiego y quietud, y absorta en Dios, enajenada de los sentidos, con la novedad y grandeza de lo que comenzaba á gozar, estuvo de la forma dicha, sin movimiento alguno, por espacio de catorce horas, hasta las nueve de la noche de aquel mismo día. Los gozos, los coloquios amorosos,

¹ Al ocurrir la muerte de la Santa, la venerable Ana de San Bartolomé era religiosa de velo blanco, la primera freila que tuvieron las Carmelitas Descalzas.



PRINCIPALES RELIQUIAS DE SANTA TERESA DE JESÚS.
Ayuntamiento de Madrid

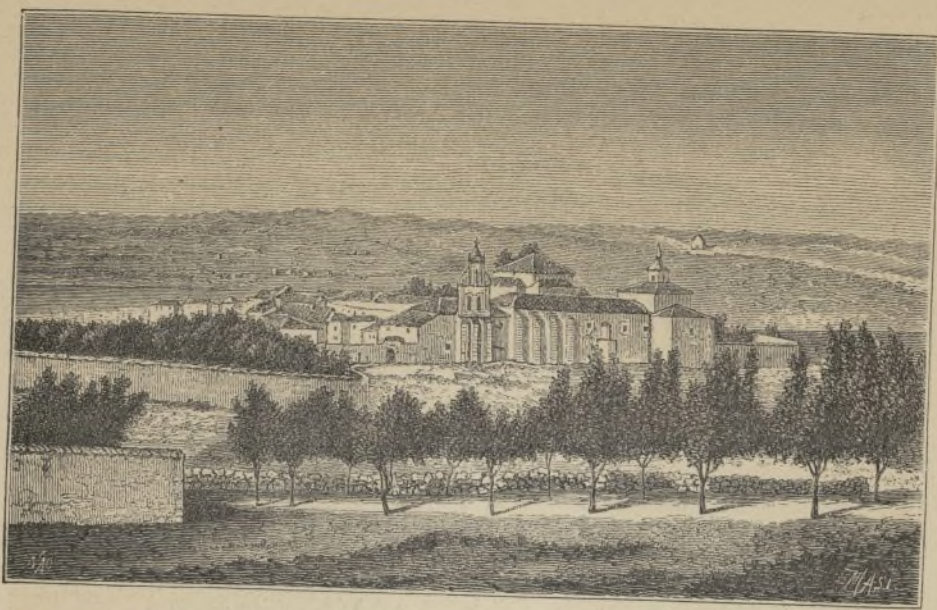
los gustos de la vida eterna, las visiones nunca vistas, ¿quién las podrá declarar, ni aun imaginar? De algo fué participante la que en sus brazos la tenía, viendo á los pies de la cama á Cristo, nuestro bien y Redentor, acompañado de santos y ángeles, que hacían una forma de cielo y aguardaban aquella santa alma para llevarla al florido lecho del Rey Salomón. Y fué tanto el contento de la hija viendo lo que pasaba, que renunció el que podía tener alargándose la vida de su madre porque gozase desde luego de tanto bien, y nunca pudo desde aquel punto tener pena de su muerte.

La enfermera que curaba á la Santa, llamada Catalina de la Concepción, estando sentada junto á una ventana baja de la pieza donde la Santa estaba, que salía al claustro, oyó aquella misma noche un gran ruido de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por la claustro muchas personas resplandecientes, vestidas de blanco, y que entraron en la pieza de la enferma con grandes demostraciones de contento. Y era tan grande la multitud de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas del convento en la celda, ninguna se veía. Llegaron los gloriosos huéspedes á la cama de la Santa, y en aquel punto espiró; y el sol que alumbraba á toda España, se puso en el Alba de Castilla para resplandecer en perpetuas eternidades. Tiénese por muy cierto haber sido éstos los diez mil mártires, porque ellos, muchos años antes, en un arrobamiento que la Santa tuvo después de haberles celebrado su fiesta, le prometieron su asistencia en la hora de la muerte. En el mismo punto una religiosa vió salir de la boca de la Santa una como paloma blanca; y otra una estrella sobre la torre y campanario de la iglesia y otras tuvieron visiones muy particulares, de que se dará noticia en sus propias vidas. — Tomo I, lib. V, cap. XXVIII, págs. 7 y 8.

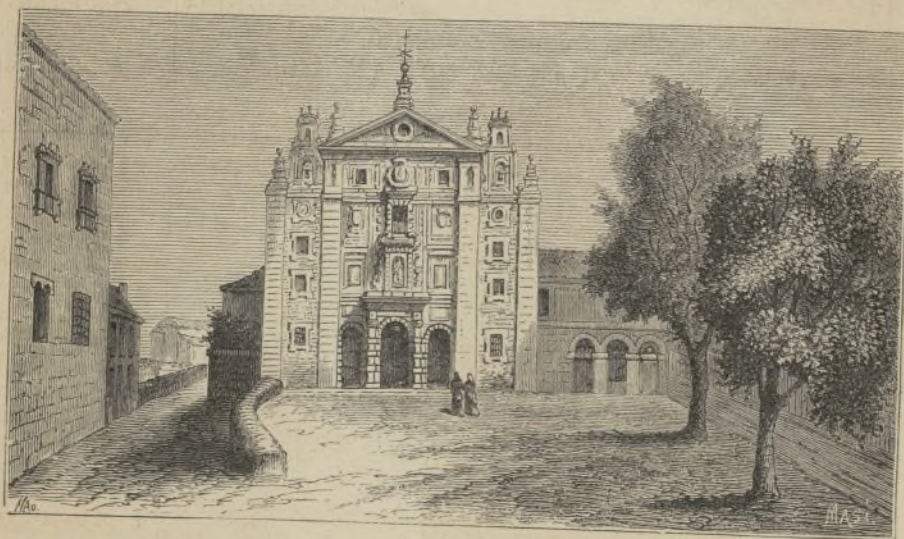
DEL P. JOSÉ VANDERMORE, JESUITA, EN SU OBRA «ACTA SANTA THERESIAE Á JESÚ» ILUSTRADA CON COMENTARIOS Y OBSERVACIONES.

Dice la venerable Ana de San Bartolomé: «Los cinco días últimos, la Santa madre parecía más bien muerta que viva. Dos días antes de morir, estando, por casualidad, sola con ella me dijo: «Hija, llegó ya la hora de mi muerte.» Con cuyas palabras mi corazón fué traspasado como por un cuchillo. Sin volver á salir de su celda rogaba á las hermanas trajesen á mí todo lo que fuese necesario; y yo se lo ofrecía á ella, porque encontraba consuelo en mi compañía. Finalmente, el mismo día en que murió, el dolor me privó el uso de la palabra, por lo que por la tarde el P. Antonio de Jesús, del número de los primeros Descalzos, que asistía á la moribunda, me mandó que me retirase á comer. Y mientras así lo hacía, la Santa madre, inquieta, miraba á todas partes. Y habiéndole preguntado el P. Antonio si acaso me buscaba, respondió afirmativamente por medio de algunas señas, y por esto fuí llamada. Luego que advirtió que había vuelto, sonriéndose dulcemente y abrazándome con mucha expresión de amor, reclinó su cabeza sobre mis brazos y ya la tuve sostenida y abrazada hasta que espiró. Mientras tanto, yo parecía morir más que ella. De tal manera ardía

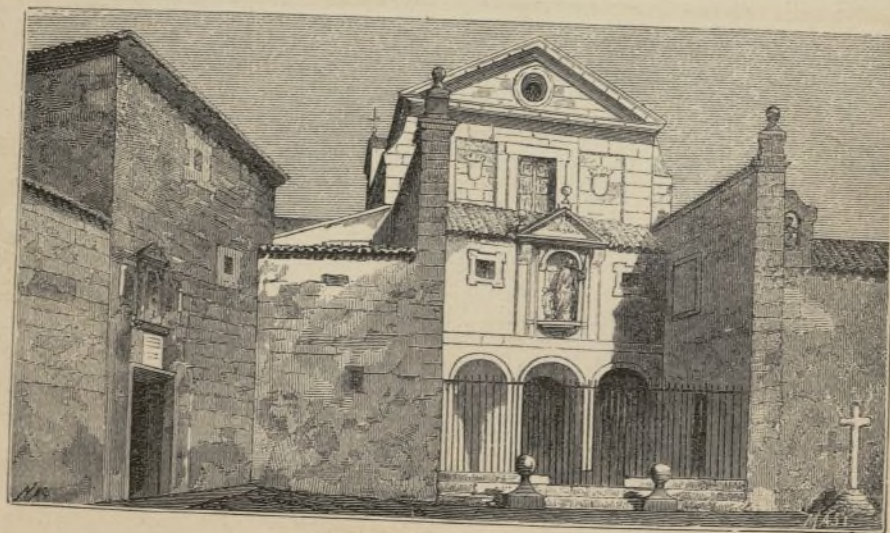
en amor de su esposo, que sólo deseaba llegase aquella hora, en la que, libre de los lazos del cuerpo, pudiese gozar de él para siempre. En aquel último instante el Señor, cuya clemencia es infinita, viendo mi escasa resignación para sufrir aquella cruz, se me apareció con inmensa majestad y acompañado de muchos santos, que estaban al extremo del lecho, y que habían de llevar al cielo su alma. Durante esta visión, que duró el tiempo que puede tardarse en recitar un *Credo*, mi dolor se convirtió en grande tranquilidad de ánimo, y pidiendo permiso al Señor, dije: — ¡Oh Señor! Aunque agradase á tu Majestad que yo gozara todavía algún tanto de la presencia de mi madre Teresa, ahora, después que he visto su gloria, prefiero rogarte que ni por un solo momento la detengas en la tierra. — Así partió aquella bienaventurada alma, y á manera de paloma, voló á gozar de su Dios.»



CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN EN ÁVILA, DONDE VIVIÓ TREINTA AÑOS LA SANTA.



IGLESIA DE SANTA TERESA EN ÁVILA, EDIFICADA SOBRE EL SOLAR DE LA CASA DONDE NACIÓ LA SANTA.



IGLESIA Y CONVENTO DE SAN JOSÉ EN ÁVILA, LLAMADO LAS «MADRES».

Casi todas estas circunstancias que acabamos de transcribir de la venerable Ana, las afirmó con juramento esta sierva de Dios el año 1596, como se colige del proceso compulsorio de Ávila. En el proceso remisorial está conforme Teresa de Jesús la más joven, que fué testigo ocular de la muerte de su Santa tía paterna, y no sólo confirmó el testimonio de la venerable Ana de San Bartolomé, sino que añade lo siguiente: «Que del resplandor y luz con que en su espíritu vió llena toda la celda, reflejó tanta claridad en el rostro de la venerable Ana, que todas las demás monjas, ignorantes de lo que ocurría, la miraban más atentamente que á la Santa madre; lo que, llenas de admiración, habían referido después; mas luego que espiró la Santa, desapareció la visión, y la venerable Ana volvió en sí, dando gracias á Dios.» Omitimos referir aquí todas las demás apariciones, señales y portentos que concurren en la muerte de Santa Teresa y siguieron inmediatamente, algunos de los cuales se recuerdan en el *Breviario Romano*, porque los más principales pueden verse en el P. Rivera y en las actas de la canonización. Lo que se afirma en el mismo *Breviario* de que la Santa, al morir, entregó su alma purísima á Dios, más bien por el excesivo fuego de amor divino que por la fuerza de la enfermedad, puede confirmarse con el testimonio del P. Yepes, estritor prudentísimo. — § 52 n. 1.016 y 1.017.

A estos datos, publicados en la *Estrella de Alba*, Agosto, 1882, añadiremos los siguientes, tomados de la edición de las Obras de Santa Teresa, *Autores Clásicos*, por Rivadeneira, tomo LIII, página 566.

OTRA DECLARACIÓN DE LA VENERABLE ANA DE SAN BARTOLOMÉ ¹.

Estándola yo teniendo en mis brazos, con esta ansia de su vida, vino sobre ella una luz y majestad tan grande, que me divertí á mirarla, y dijéronme que venían por su alma; que si yo quería que se quedase. Yo dije que no, aunque lo sentía.

Espiró toda llena de gloria.

DE LA VIDA ESCRITA POR EL P. YEPES.

Pidió el Sacramento de la Extremaunción, con que el alma se acaba de fortalecer y dar un baño en la sangre del Cordero, para con más libertad juntarse con El y gozarle

enteramente. Recibió este Sacramento con gran reverencia, á las nueve de la noche, el mismo día que era víspera de San Francisco: mientras le ungían su cuerpo en la forma que la Iglesia tiene de costumbre, ella ayudaba á decir los Salmos y respondía á las oraciones y preces que allí se dicen.

En recibiendo este beneficio (que eslo muy grande para aquella hora) volvió á dar gracias de nuevo á Nuestro Señor, porque la había hecho hija de la Iglesia, casi con las mismas palabras y gozo que antes: llegóse entonces el padre Vicario provincial, y preguntóle, que si Dios la llevaba de esta enfermedad, si gustaría llevasen su cuerpo á Ávila, ó se quedase en Alba. A esto respondió como que le daba

¹ Cita esta declaración el *Año Teresiano*, tomo X, página 111. Dice que estaba en el archivo general del Carmen Descalzo en Madrid.

pesadumbre aquella pregunta, y dijo: «¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?» Mostrando entonces la que siempre había sido maestra de la pobreza cuán desapropiada y desasida estaba de todo en aquella hora. En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados (*Contritum et humiliatum, Deus non despicies*); y á las siete de la mañana del día siguiente (que fué á los 4 de Octubre) se echó de un lado á la manera que pintan á la Magdalena, con un crucifijo en la mano (que tuvo siempre en la mano, hasta que le quitaron para enterrarla), el rostro encendido, con grandísimo sosiego y quietud, se quedó absorta toda en Dios, y enajenada con la novedad de lo que se le comenzaba á descubrir, y alegre con la posesión, que casi comenzaba ya á gozar, de lo que tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pié ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.

DECLARACIÓN DE LA MADRE MARÍA DE SAN FRANCISCO, TESTIGO PRESENCIAL DE LA MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS¹.

A las cinco de la tarde, víspera de San Francisco, pidió el Santísimo Sacramento, y estaba ya tan mala, que no se podía revolver en la cama sin que dos religiosas la volvieran, y mientras que no venía el Viático, comenzó á decir á todas las religiosas, puestas las manos y con lágrimas en sus ojos: «Hijas mías y señoras mías: por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, que si las guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas; ni miren al mal ejemplo que esta mala monja las dió y ha dado, y perdónenme.»

En este punto acertó á llegar el Santísimo Sacramento, y, con estar tan rendida, se levantó encima de la cama, de rodillas, sin ayuda de nadie, y se iba á echar de ella, si no la tuvieran; y poniéndosele el rostro con grande hermosura y resplandor, é inflamada en el divino amor, con gran demostración de espíritu y alegría, dijo al Señor cosas tan altas y divinas, que á todas ponía gran devoción. Entre otras, le oí decir: «¡Señor mío y Esposo mío! ¡Ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya que nos veamos! ¡Amado mío y Señor mío! ¡Ya es tiempo de caminar! ¡Vamos muy en hora buena; cúmplase vuestra voluntad; ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno de Vos, que tanto he deseado!» Y si el Prelado no la estorbara mandando en obediencia que callara, porque no la hiciera más mal, no cesara de aquellos coloquios.

Después de haber recibido á Nuestro Señor, le daba muchas gracias porque la había hecho hija de la Iglesia, y porque moría en ella. Muchas veces repetía: «¡En fin, Señor, soy hija de la Iglesia!» Pidióle perdón con mucha devoción de sus pecados, y decía que por la sangre de Jesucristo había de ser salva; y á las religiosas pedía le ayudasen mucho á salir del purgatorio.

Repetía muchas veces aquellos versos: *Sacrificium Deo Spiritus contribulatus; cor contritum, etc. Ne projicias me a facie tua, etc. Cor mundum crea in me Deus*; y lo volvía en romance.

Preguntándole el P. Fr. Antonio de Jesús si quería que llevasen su cuerpo á Avila, respondió: «Jesús, ¿eso hase de preguntar, padre mío? ¿Tengo de tener yo cosa propia? ¿Aquí no me harán caridad de darme un poco de tierra?»

Toda aquella noche repitió los dichos versos, y á la mañana, día de San Francisco, como á las siete, se echó de un lado, como pintan á la Magdalena; el rostro vuelto hacia las religiosas, con un Cristo; el rostro muy bello y encendido, con tanta hermosura, que me pareció no se la había visto mayor en mi vida, y no sé á dónde se escondieron las arrugas, que tenía hartas, por ser de tanta edad y vivir muy enferma.

Destá suerte se estuvo en oración con grande quietud y paz, haciendo algunas señas exteriores, ya de encogimiento, ya de admiración, como si la hablaran y ella respondiera, mas con gran serenidad todo, y con maravillosas mudanzas de rostro, de encendimiento é inflamación, que no parecía sino una luna llena, y á ratos, dando de sí grandísimo olor, y perseverando en la oración, muy alborozada y alegre, como sonriéndose, dando tres suaves y devotos gemidos como de un alma que está con Dios en la oración, que apenas se oían, dió su alma al Señor, quedando con aventajada hermosura y resplandor su rostro como un sol encendido. Antes que muriera, llegó á la Santa Isabel de la Cruz, que padecía gran dolor de cabeza y mal de ojos, y, cogiéndole las manos á la Santa, ella misma se las

puso sobre la cabeza, y al punto quedó libre de todo su mal.

Luego que murió, besando sus piés Catalina Baptista, cobró el olfato que había perdido, y sintió gran fragancia en los piés de la Santa. Todo esto vi.

Casi lo mismo dice el P. Yepes acerca de su agónía, añadiendo:

«En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados; y á las siete de la mañana del día siguiente (que fué á los 4 de Octubre) se echó de un lado, á la manera que pintan á la Magdalena, con un crucifijo en la mano (que tuvo siempre en la mano hasta que le quitaron para enterrarla), el rostro encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta toda en Dios, y enajenada con la novedad de lo que se comenzaba á descubrir, y alegre con la posesión que casi comenzaba ya á gozar de lo que tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pié ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.»

La venerable Ana de San Bartolomé, su fiel compañera, que estuvo á su lado hasta el último momento, dice en una de sus declaraciones, que pudo ver por breves momentos abrirse la gloria para recibir á la Santa moribunda.

«Estuvo un credo esta vista gloriosísima, que tuvo tiempo de mudar mi pena y sentimiento en una grande resignación, y pedir perdón al Señor, y decirle: — Señor, si vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, no lo deseara ahora que he visto su gloria, y ansí os pido que no me la dejéis un momento acá. — Y con esto espiró esta dichosa alma, y fué á gozar de Dios como una paloma.»

TABLA CRONOLÓGICA

DE LAS FUNDACIONES DE SANTA TERESA DE JESÚS

- 1562. — Fundación del convento de San José de Avila, día 24 de Agosto.
- 1567. — La de Medina del Campo, 15 de Agosto.
- 1568. — La de Malagón, Domingo de Ramos. — La de Valladolid, 15 de Agosto. — Fundación del primer convento de hombres en Duruelo por San Juan de la Cruz, en el primer domingo de Adviento.
- 1569. — La de Toledo, á 13 de Mayo. — La de Pastrana, á 9 de Julio. — Fundación del segundo monasterio de hombres en aquel mismo pueblo.
- 1570. — La de Salamanca, día 1.º de Noviembre.
- 1571. — La de Alba de Tormes, día 25 de Enero.
- 1574. — La de Segovia, 19 de Marzo.
- 1575. — La de Veas, 25 de Febrero. — La de Sevilla, día de la Santísima Trinidad.
- 1576. — La de Caravaca, día 1.º de Enero.
- 1580. — La de Villanueva de la Jara, 25 de Febrero. — La de Palencia, á fines del año.
- 1581. — La de Soria, 3 de Junio. — Conatos infructuosos por entonces para fundar en Madrid. — Fundación de Granada por la venerable Ana de Jesús. — La de Burgos, decimoséptimo y último monasterio de monjas fundado en vida de Santa Teresa, día 19 de Abril. Medio año después ocurre su muerte.

FISIONOMÍA Y CARACTER

DE SANTA TERESA DE JESÚS.



L. P. Francisco de Rivera, confesor que fué de Santa Teresa de Jesús, hace de ella el siguiente retrato:

«Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harito bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba á negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llenas; los ojos negros y redondos y un poco papujados (que así los llaman y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que en riéndose se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo, las ventanas de ellas arqueadas y pequeñas; la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso y

un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos; la barba bien hecha; las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que le daban mucha gracia; uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire en el andar, y era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban comúnmente placía mucho.»

El P. Nieremberg, en su *Vida de Santa Teresa de Jesús*, reproduce el retrato anterior hecho por el P. Rivera, pero solamente hasta la descripción de los lunares, suprimiendo lo demás, y después añade:

«En todo su semblante era tan amable y tan apacible, que á todas las personas que la miraban era comúnmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que la salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar á los que la miraban.»

El P. Gracián describe así el carácter de su confesada Santa Teresa:

«Tenía hermosísima condición, tan apreciable y agradable, que á todos los que la comunicaban y trataban con ella llevaba tras sí y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos creídos, con que se hacen á sí mismos y á la perfección aborrecibles. Era hermosa en el alma, que la tenía hermosada con las diez virtudes heroicas, partes y caminos de la perfección que decíamos.»

D. Vicente Lafuente, cuyo nombre, y esta es su mayor gloria, va casi siempre unido al de Santa Teresa, expone así el carácter de la Santa en la página 13 de los *Preliminares* al tomo LIII de la edición de *Autores clásicos*, por Rivadeneira:

«El carácter de Santa Teresa no era melancólico, ni aun siquiera propenso á la tristeza, antes sí jovial y alegre. En tal concepto, hasta se le atribuyen con frecuencia dichos agudos y chistes, algunos de ellos no solamente apócrifos sino poco adecuados á la gran humildad de su carácter. Los que se encuentran en sus escritos son espontáneos y altamente oportunos: viértelos con la mayor naturalidad y sencillez, no por hacer reír á costa de otro, cosa impropia de su gravedad y caridad profunda, sino porque los consigna la pluma tal cual se presentan á su imaginación inocente, al par que lozana. Estos pasajes se echan de ver en el libro de *Las Fundaciones* y aún más en las *Cartas*. A veces traza también curiosas descripciones con rasgos sumamente concisos, pero muy oportunos. ¿Quién no se sonríe al ver la descripción de la casa ruinosa donde se metió en Medina, en la cual oían misa por las rendijas de la puerta; los apuros en la primera casa de Toledo; el susto de su compañera durante la noche de ánimas, en Salamanca; los rezos en latín de las beatas de Villanueva de la Jara; la economía de los frailes de Duruelo, que no tenían donde dormir, pero llevaban cuatro relojes; y, en fin, hasta la semblanza poco halagüeña del estricto Provisor de Burgos?»

Según otros escritores contemporáneos y biógrafos, era la Santa de genio alegre, jovial y ocurrente. Cuéntase, según ha publicado *La Baronesa de Zurguén*, que pasando por Medina del Campo en una de sus muchas expediciones con San Juan de la Cruz, los chicos traviesos de la villa decíanles á la monja y al fraile chistes, y cosas tales que alcanzaron á ruborizar al bendito San Juan, y que su compañera, serena y risueña, volviéndose á él, le dijo: «No se avergüenza la dama, y se avergüenza el galán.» Y que otra vez, pintándola el lego Fr. Juan de la Miseria, tan lego y tan pobre en la pintura como en la Orden, la Santa que vió su retrato, le apostrofó con estas graciosas palabras: «Dios se lo perdone, Fr. Juan; ¡qué fea y vieja me ha pintado!»

Santa Teresa, cuando hablaba de San Juan de la Cruz, solía llamarle medio fraile por su pequeña estatura.

Es tradición, que suscitadas ciertas desavenencias por la Princesa de Eboli sobre la fundación del convento para el que ésta dió la casa, en un arranque de ligereza dijo la Princesa á la Santa: «Pues bien, en todo caso la casa es mía, y dispongo y mando en ella.» A lo que contestó la Santa: «Pues bien, en todo caso usted se quedará con su casa, y yo me llevaré las monjas;» y en efecto, se las llevó.

De estos hechos relativos al genio ó carácter familiar de Santa Teresa, independiente su espíritu elevado y místico, dan testimonio algunos escritores. Muchas anécdotas se refieren de Santa Teresa en que aparece su gracejo, su imaginación, etc.; pero no las creemos autorizadas. El retrato moral de Santa Teresa se refleja en todas sus obras y en todas sus cartas, especialmente en estas últimas, escritas con esa sublime sencillez y espontaneidad que nacen de su alma, cuyos actos y pensamientos todos eran ins-

¹ La insertó D. Vicente La Fuente en su *Tercer Centenario de Santa Teresa de Jesús*, pág. 210.

pirados por el amor á Dios y dirigidos á su santa gloria. El mayor elogio que puede hacerse de esas cartas, escritas sin presumir que habían de pasar por todas las censuras, y publicadas y traducidas á todos los idiomas de Europa; el mayor elogio de esas cartas es que no hay una idea, ni una frase que no sea digna de su santidad. En esas cartas y en las obras de Santa Teresa está, como ahora se dice, perfectamente fotografiada por sí misma.

RETRATOS DE SANTA TERESA DE JESÚS.

Santa Teresa de Jesús se retrató una sola vez siendo ya sexagenaria, por mandato de su Provincial el P. Fr. Jerónimo Gracián. Se encargó de hacer el retrato un italiano religioso, lego Carmelita, llamado en el siglo Azaro y en el claustro Fr. Juan de la Miseria, discípulo aprovechado de Alonso Sanchez Coello, pintor de Cámara del Rey.

El P. Rivera, hablando de este retrato de la Santa, dice lo siguiente:

«Sacóse, estando ella viva, un retrato bien, porque la mandó su Provincial, que era el P. Maestro Fr. Jerónimo Gracián, que se dejase retratar; y sacóle un fraile lego de su Orden, siervo de Dios, que se llamaba Fr. Juan de la Miseria. En esto lo hizo muy bien el P. Gracián, pero muy mal en no buscar para ello el mejor pintor que había en España para retratar á persona tan ilustre; mas para consuelo de muchos, de este se han sacado los que hay buenos ó razonables.»

Sobre el mismo retrato, leemos en el P. Gracián:

«Nuestra Beata Teresa no fué en su tiempo fea de rostro; que aunque algunos retratos suyos que andan por ahí no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años. Y yo, por mortificarla (siendo su prelado) mandé que la retratase un fraile lego, llamado Fr. Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo varias pinturas, y no era muy buen pintor; que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consistiéramos la retratará nadie.»

D. Valentín Carderera, cuya legítima celebridad artística es generalmente reconocida, publicó en 1861 su *Iconografía española*, y en ella un retrato de Santa Teresa de Jesús, tomado de una tabla coetánea, que debe ser, ó la original de fray Juan de la Miseria, ó una copia, por que la Santa aparece todavía sin la aureola de la santidad, que sólo puede ponerse después de la beatificación ó canonización. La verdad es que el retrato de donde lo tomó el Sr. Carderera no puede calificarse de bueno, ni por la corrección del dibujo, ni por la actitud de la Santa y otros accidentes artísticos.

Muchos son los retratos grabados en acero, madera, etc., etc., siendo el más antiguo, y aun considerado como copia del único auténtico, el que se publicó en la edición que de las obras de la Santa se hizo en Valladolid en 1588, y ha reproducido D. Vicente La Fuente al frente de su libro el *Tercer Centenario de Santa Teresa*, impreso en Madrid en 1882. De este está tomado el que publicamos nosotros, dibujado por el Sr. Cuevas.

La elección del retrato hecha por persona tan competente respecto de todo cuanto se refiere á Santa Teresa, es una prueba de que es copia del único auténtico hecho por fray Juan de la Miseria.

En este retrato aparece la Santa de pie, con las manos unidas frente al pecho y los ojos levantados en actitud de orar. Del lado derecho de la cabeza sale una cinta en que se lee *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. En la parte superior y á la derecha de la Santa, se ve representado el Espíritu Santo en figura de una paloma, que en nuestro concepto está más que para significar inspiración, aún no decretada por la Santa Sede, para representar á quien se dirigía en su actitud de orar.

Al pie del retrato se lee: «*La Madre Teresa de Jesús, fundadora de los Descalzos Carmelitas.*»

D. Vicente de La Fuente, á quien podemos llamar el escritor de Santa Teresa de Jesús, trae los siguientes numerosísimos detalles sobre el retrato de la Santa en la obra *Tercer Centenario de Santa Teresa*.

Sobre el rótulo *Misericordias Domini*, etc., dice el Sr. La Fuente:

«Santa Teresa llamaba al libro de su vida *Libro de las misericordias del Señor*. Por ese motivo hizo el P. fray Luis de Leon poner en el retrato de la Santa que va al frente de la primera edición de sus obras el rótulo que dice: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*; lo cual, ni se halla en el cuadro original del retrato hecho por fray Juan de la Miseria, ni á éste se le pudo ocurrir ponerlo en él; y por tanto, todos los que llevan ese rótulo son posteriores á la muerte de la Santa y no pueden pasar por originales.

D. Valentín Carderera, en su *Iconografía española*, dió un retrato de Santa Teresa copiado de una tabla

antigua y coetánea, en que se la representa más jóven y bella que de ordinario, pero no parece convenir con lo que de él dicen los citados Gracián y Rivera.

Al frente de la edición de las obras de Santa Teresa por Foquel, en Salamanca, cinco años después de la muerte de la Santa, hay un retrato grabado en cobre, que ofrece grandes condiciones de verdad y parecido, pues presenta hasta los lunares de que hablan dichos biógrafos.

El cuadro de la Santa que se venera en Avila la representa joven y bella; y aunque dice que es el que pintó fray Juan de la Miseria, no parece que sea más que copia, y algo cariñosa y suavizada.

El que se conserva en las Casas Consistoriales de Avila, procedente del convento de la Santa, ni aun es copia del de fray Juan de la Miseria, y tiene poco parecido. Es de cuerpo entero y tiene en el fondo una población que quiere ser la de Avila. Parece que el retrato quizá se hizo en Avila teniendo á la vista sus restos mortales y el recuerdo de ella que conservara algún pintor, ó bien copia del retrato de Sevilla.

El que se venera en Valladolid, y que se supone ser el de fray Juan de la Miseria, no puede serlo por más que se diga y la tradición local lo asegure. En ese retrato, Santa Teresa aparece demasiado joven, como de treinta años y sin arrugas, siendo así que al ser retratada tenía sesenta y un años y la cara arrugada. Es por el estilo del de D. Valentín Carderera. Hay además otra razón para que no lo sea, á saber: que el cuadro de Sevilla ha sido retocado dos veces, una después de su beatificación, cuando se le añadió el impertinente rótulo que tiene, B. V. TERESA DE JESÚS, el cual con el título de *Beata* (B.) no se pudo poner hasta 1614 lo más pronto. Una cartela debajo de este rótulo añade:

ANNO SUE
ÆTATIS
61
A.º SALUTIS
157º
DIE SEGUNDO MEN-
SIS JUNIL.

Lo cual quiere decir que aquel retrato se hizo el día 2 de junio del año 1570, teniendo entonces la Santa sesenta y un años de edad. Mucho fué el fijar hasta el día en que se hizo, pues según la tradición, echó Fr. Juan tres días para sacar el retrato, y eso con la pulla de la Santa que ya queda dicha, de haberla sacado vieja, fea y legañosa.

La fecha además es una mentira caprichosa. Santa Teresa fué retratada estando Fr. Juan pintando en la calle de la Pajería, á donde se mudó á principios de Mayo. El día 3 se trajo el Santísimo al convento nuevo. El 4 de Junio salió de Sevilla, y no es probable que el día 2 de Junio estuviese tan desocupada y tan de vagar, que quisiese pensar en retrato, aun siendo por obediencia.

El rótulo ó cinta, con la leyenda *Misericordias Domini in aeternum cantabo*, se echa ya de ver en el retrato grabado en Salamanca, y es posible que lo pusiera Fr. Juan de la Miseria; pero los que lo han examinado detenidamente suponen que quizá se añadió al cuadro cuando se puso la cartela con la fecha en que se hizo el retrato y se añadió la simbólica paloma, que de seguro no puso Fr. Juan de la Miseria. El retrato parece haber sido forrado en alguna época posterior, lo cual supone otra segunda restauración.

De todas maneras parece que el original preferible para retratos al óleo, es el de Sevilla; para grabados, el de la edición de Foquel, y para figurar á Santa Teresa en efigies de talla y escultura, vestida de gloria, con traje de doctora, el de Valladolid, cuya fisonomía juvenil y graciosa se presta más para veneración y culto.»

Por último, el mismo Sr. La Fuente, en la obra citada, dice que el retrato puesto en la edición príncipe de Salamanca «es bastante curioso y debe ser tenido como verdadero, y realmente lo es.» (Página 167.)

Poco después de la muerte de la Santa, el Padre Gracián hablaba de algunos retratos que andaban por ahí, y el P. Rivera expresaba que del primero hecho en Sevilla se habían sacado los que hay buenos ó razonables.

El retrato hecho por Juan de Miseria pretenden tenerlo las Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes y Valladolid; preténdese también que sea uno que había en el convento de Carmelitas Descalzas de Avila. Pero ninguno ha podido probar que el original de Sevilla saliera de allí, ni quién lo mandó sacar, cuándo ni cómo. Lo más probable parece que el cuadro hecho en Sevilla allí quedara; y dadas las condiciones de carácter de la Priora María de San José, descritas en otro lugar, no es fácil que ésta lo

cediera ni se lo dejara arrebatar sin un mandato, en virtud de santa obediencia, que no consta se dió, ni parece probable se llegase á dar. Parece, pues, que los otros sean las copias *buenas ó razonables* sacadas de éste, de que hablaba el P. Rivera, el cual nos dejó su preciosa etopeya.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA.

SACADOS DEL LIBRO DE SU VIDA.



RAN merced hace Dios á quien pone en compañía de buenos.

Lo que destruye la vida espiritual es el hacer poco caso de pecados veniales.

— Lástima hacen los que siguen el mundo aunque sea en cosas lícitas.

— Muchas veces he visto claro no dejar el Señor de pagar, aun en esta vida, ningún deseo bueno.

— Por hacer bien, por grande que sea, no hemos de hacer un pequeño mal.

— Andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros, los que le sirven, para ir delante.

— Crece la caridad con ser comunicada.

— Para caer hay muchos amigos que nos ayudan; y para levantarnos, nos hallamos tan solos, que me espanto cómo no estamos siempre caídos.

— Todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios.

— Aprovechábame también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba memoria del Criador.

— La verdadera devoción es no ofender á Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien.

— Toda la falta nuestra está en no tener con perfección el verdadero amor de Dios, que trae consigo todos los bienes.

— ¡Bienaventurados trabajos que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan!

— Con tormentos y otras muchas tentaciones quiere el Señor probar á sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, ántes que ponga en ellos grandes tesoros.

— Somos tan miserables, que esta encarceladita de esta pobre alma participa de las miserias del cuerpo y mudanzas de los tiempos.

— A mi parecer el tener letras es un grande tesoro para este ejercicio de oración, si son con humildad.

— Su Majestad es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí.

— Es gran virtud tener á todos por mejores que nosotros.

— Las cosas de oración todas son difíciles, y si no se halla maestro, muy malas de entender.

— Hemos de mirar que el maestro sea tal, que no nos enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á sólo cazar lagartijas.

— Mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquiera cristiano procure tratar con quien tenga buenas letras, si puede, y mientras más, mejor.

— De devociones á bobas nos libre Dios.

— Los demonios temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

— Seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron.

— ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes!

— En pieza á donde entra mucho sol de Dios, no hay telaraña de defectillos escondida.

— Las lágrimas todo lo ganan, un agua trae otra.

— Si con dineros se pudiera comprar el verdadero bien, podrían tenerse en mucho; pero se ve que este bien se gana con dejarlo todo.

— Muchas veces se procura con los dineros el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin.

— ¡Qué concertado andaría el mundo, que sin tráfigos, ¡con qué amistad se tratarían todos, si faltase interés de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

— Uno de los mayores trabajos de la tierra, es contradicción de buenos.

— Aunque algunas religiones se hayan relajado, ó mitigado, no pensamos que en ellas se sirva poco al Señor: ¿qué sería del mundo si no fuese por los religiosos?

— Entre señores, el criado más favorecido ha de ser el malquisto de los demás.

— El señorío es una sujeción; y una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores á personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas.

— Es conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones.

— ¡Oh, si mirásemos con advertencia las cosas de

nuestra vida, cada uno vería con experiencia en lo poco que se ha de tener contento ni descontento de ella!

— En los mayores trabajos y contradicciones está la ganancia.

— Los que acá tenemos por señores, todo el señorío ponen en autoridades postizas.

— Es razón que un rey tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le tenían en nada; porque no sale de sí el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad.

— ¡Dichosas vidas las que se acabaren en defensa de la Santa Iglesia!

— El verdadero señorío es no poseer nada.

POESÍAS DE SANTA TERESA DE JESÚS

FUEGO DEL AMOR DE DIOS.

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

GLOSA.

Aquesta divina unión,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cativo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es tan dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quítame Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.
Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para mejor á Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á Él sólo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,

Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero,
Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh! mi Dios, cuándo será,
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero,

Vivo ya fuera de mí,
Después que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazón le dí
Puso en mí este letrado,
Que muero porque no muero.

Esta divina unión,
Y el amor con que yo vivo,
Hace á mi Dios mi cativo,
Y libre mi corazón;
Y causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
Vida, no me seas molesta;
Porque muriendo, ¿qué resta,
Sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
Muerte, que ansí te requiero,
Que muero porque no muero.

*Alma, buscarte has en Mí,
Y á Mí buscarme has en tí.*

De tal suerte pudo amor,
Alma, en mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
Hermosa bella, y así
En mis entrañas pintada,
Si te perdieres, mi amada
Alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tan al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás
Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
Donde me hallarás á Mí,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quisieres
A Mí, buscarte has en tí.

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo,
Si hallo en tu pensamiento
Estar la puerta cerrada.

Fuera de tí no hay buscarme,
Porque para hallarme á Mí,
Bastará sólo llamarme,
Que á tí iré sin tardarme,
Y á Mí buscarme has en tí.

«SOBRE LAS PALABRAS DILECTUS MEUS MIHL.»

*Ya toda me entregué y di,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida,
De tal manera he trocado,
*Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Tírome con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me he entregado,
*Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Á LOS ÉXTASIS

DE LA

BEATA MADRE TERESA DE JESÚS

POR MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA ¹.

CANCIÓN.

Virgen fecunda, madre venturosa,
Cuyos hijos, criados á tus pechos,
Sobre sus fuerzas, la virtud alzando,
Pisan ahora los dorados techos
De la dulce región maravillosa,
Que está la gloria de su Dios mostrando:
Tú que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo
Y un grado sin segundo;
Ahora estés ante tu Dios postrada,
En rogar por tus hijos ocupada,
O en cosas dignas de tu intento santo;
Oye mi voz cansada,
Y esfuerza ¡oh madre! el desmayado canto.

Luego que de la cuna y las mantillas
Sacó Dios tu niñez, diste señales
Que Dios para ser suya te guardaba,
Mostrando los impulsos celestiales
En tí (con ordinarias maravillas),
Que á tu edad tu deseo aventajaba,
Y así, si descuidaba
De lo que hacer debía,
Tal vez luego volvía
Mejorado, mostrando codicioso
Que el haber parecido perezoso
Era en volver atrás para dar salto
Con curso más brioso,
Desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste; y fué creciendo en tí la gana
De obrar en proporción de los favores
Con que te regaló la mano eterna:
Tales que al parecer se alzó á mayores
Contigo alegre Dios, en la mañana
De tu florida edad, humilde y tierna
Y así tu sér gobierna
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal, y así levantas
Tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas,
Que ligero tras sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspensión, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa,
Acullá se desposa Dios contigo,
Aquí misterios altos te revela:
Tierno amante se muestra, dulce amigo,
Y siendo tu Maestro, te levanta
Al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
En hacerte mercedes;
Rompe rejas y redes
Para buscarte el mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan contino,
Que si algún afligido á Dios buscara
Acortando camino,
En tu pecho ó en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Ávila, se puede
Decir que en Alba fué donde naciste;
Pues allí nace donde muere el justo.
Desde Alba ¡oh madre! al cielo te partiste:
Alba pura, hermosa á quien sucede
El claro día del inmenso gusto,
Que le goces es justo
En éxtasis divinos,
Por todos los caminos
Por donde Dios llevar á un alma sabe,
Para darle de sí cuanto ella cabe,
Y aun la ensancha, dilata y engrandece,
Y con amor sílabe
A sí y de sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenientes;
Que acreditan los éxtasis, que suelen
Indicios ser de santidad notoria,
En los tuyos se hallaron; nos impelen
A creer la verdad de los visibles
Que nos describe tu discreta historia:
Y el quedar con victoria,
Honroso triunfo y palma
Del infierno, y tu alma
Más humilde, más sabia y obediente
Al fin de tus arrobos, fué evidente
Señal que todos fueron admirables
Y sobrehumanamente
Nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras
Menospreciando la mortal riqueza
En la inmortalidad que siempre dura,

¹ Esta poesía está tomada del *Compendio de las fiestas celebradas en España con motivo de la beatificación de la madre Teresa de Jesús*, por Fr. Diego de San José, 1615.

Y el visorrey de Dios nos da certeza
Que sin enigma y sin espejo miras
De Dios la incomparable hermosura;
Colma nuestra ventura,
Oye devota y pía
Los balidos que envía
El rebaño infinito que criaste
Cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste:
Que no porque dejaste nuestra vida,
La caridad dejaste,
Que en los cielos está más extendida.

Canción, de ser humilde has de preciarte
Cuando quieras al cielo levantarte:
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal baja.

LOS GRABADOS

SANTA TERESA DE JESÚS.

Según el retrato que pasa por auténtico.

(Véase lo que decimos acerca de este retrato en el artículo correspondiente).

VARIAS RELIQUIAS DE SANTA TERESA DE JESÚS.

1.^a Cruz que la V. M. Ana de Jesús de San Bartolomé dió á Santa Teresa, y que ésta llevó hasta su muerte. Se conserva en el convento de Carmelitas de Bruselas.

2.^a Corazón de Santa Teresa. Fué extraído de lo restante del cuerpo en el año de 1591. Se conserva en el convento de Carmelitas descalzas de Alba, y pueden observarse en él la herida de la transverberación y las espigas que ha criado en estos últimos tiempos.

3.^a Sandalia de la Santa, colocada en un cuadro de seda bordada. Existe en el convento de San José de Avila.

4.^a Clavícula de la Santa. Es una de las más valiosas reliquias de Santa Teresa, después de la del pie que existe en Roma. Consérvase en Bruselas.

5.^a Pié de la Santa. Es el derecho y lo poseen los Carmelitas reformados de Roma en el convento de la *Scala*. Esta reliquia fué enviada en 1616 por el Rmo. P. José de Jesús María, quinto general de la Congregación de España, al venerable P. Fernando de Santa María, por segunda vez Preósito general de la Congregación de Italia. Apenas hubo llegado tan precioso depósito á la capital del mundo católico, quiso el Papa Paulo V dar una pública manifestación de la alta veneración que le merecía Santa Teresa de Jesús; á cuyo efecto se dirigió á *Scala*, acompañado de diez y ocho Cardenales y de toda su esplendente corte; entró en la capilla del noviciado, y arrodillándose tomó en sus manos aquel precioso pié y lo besó con la más profunda devoción.

6.^a Rosario que usaba la Santa. Lo poseen las religiosas descalzas de Avila.

CONVENTOS DE SANTA TERESA EN AVILA.

Por los epígrafes que las acompañan y por la vida de la Santa, comprenderán nuestros lectores la importancia que tienen para la piedad estos preciosos recuerdos y monumentos humildísimos de la Reformadora del Carmelo.

EMMO. SR. D. FR. JOAQUÍN LLUCH Y GARRIGA.

Cardenal Arzobispo de Sevilla.

A los cinco meses de haber recibido el capelo cardenalicio, ha bajado al sepulcro este ilustre príncipe de la Iglesia.

Fuó Manresa su patria y vió la primera luz en el año de 1816. Las persecuciones de los liberales llevaron la familia del Sr. Lluch á Barcelona donde recibió una educación brillante; pero, movido de aquella profunda religiosidad que fué norma y espíritu de todos sus actos, tomó el hábito de carmelita calzado en 2 de Noviembre de 1830. No sólo por sus virtudes, sino por su aplicación á los estudios teológicos y filosóficos se hizo admirar de sus maestros y hermanos, pero los sucesos criminales de que fueron teatro los conventos de Barcelona en 1835, eco infame de las matanzas de Madrid, le desterraron á Italia.

Aposentóse en el convento generalicio de Luca, y muy pronto se dió á conocer en certámenes y academias de tal modo, que el Soberano de Luca, el príncipe Carlos Luis de Borbón, le presentó en terna para la mitra arzobispal de dicha ciudad, distinción á que pocos extranjeros pudieran as-

pirar, bien que esto se hiciera sin saberlo el P. Lluch y sin resultado.

Los sucesos políticos de Italia le trajeron á España en 1847. En Barcelona, lugar de su nueva residencia, ganó justa fama de eclesiástico laborioso, sabio y virtuosísimo, por lo que fué encargado de varios é importantes ministerios, propios de su carácter sacerdotal. Entonces fundó aquella insignie asociación titulada *La Caridad Cristiana*, que á tantos infelices amparó y favoreció temporal y espiritualmente. Hasta que, por iniciativa del inolvidable Arzobispo de Tarragona, el Sr. Costa y Borrás, fué presentado por el gobierno para la silla de Canarias.

No es posible referir ni aun sumariamente los trabajos apostólicos, las obras de caridad, los beneficios hechos á la enseñanza, las obras públicas y otros servicios prestados á la religión y á la patria mientras el Sr. Lluch fué Obispo de Canarias, y luego de Salamanca y Barcelona, así como en la archidiócesis de Sevilla, donde ha muerto. Materia han dado para un libro, no breve, y que, sin embargo, no dice cuanto es de decir acerca de los merecimientos del Prelado. Pero no es de callar que, ocurrida la revolución de Setiembre en ocasión que regía la diócesis de Salamanca, obtuvo de la junta revolucionaria de esta ciudad concesiones tales, que casi pasó por ella el huracán de la revolución sin dejar apenas rastro de ruinas y de lágrimas. Tanta fué la prudencia y tal la habilidad con que el Sr. Lluch hizo frente á las exageraciones demagógicas.

Asistió al Concilio Vaticano donde lució su sabiduría de tal modo, que en Roma le llamaban *el doctor de Salamanca*. En Enero de 1874 fué preconizado Obispo de Barcelona. De su pontificado en esta diócesis, basta decir que ha sido uno de los Obispos más populares en la ciudad donde bullen tantos elementos de impiedad y desórdenes. Todas las obras de religión y beneficencia, la Juventud Católica, la Asociación de Católicos y las sociedades de obreros, recibieron de él amplísimas muestras de cariño y de piedad. Dió al protestantismo los últimos golpes necesarios para hundirle del todo en la capital de Cataluña. Favoreció el desarrollo de las ideas protectoras de la industria nacional, y dió tantas limosnas que parecía poseer un bolsillo inagotable.

En 1879 fué elevado á la silla metropolitana de Sevilla, donde fué recibido con grande aplauso. No le faltaron en dicha ciudad ocasiones en que poner á prueba su exquisita prudencia y recta intención; mas en todas vencieron estas virtudes.

Queriendo la Santidad de León XIII premiar con altísima dignidad los grandes merecimientos del Sr. Lluch, le envió el capelo hace pocos meses. No lo ha disfrutado mucho, porque la muerte acaba de arrebatárle á la admiración de todos.

EL INFELIZ SANTIAGO

POR PAUL FEVAL

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

por

J. A. PAADIN

I



RECUEMENTE se veía en la antecámara del cardenal de Fleury un anciano de fisonomía vulgar y triste; del mismo modo que se le viera en la de los últimos Ministros del difunto Rey y en la del cardenal Dubois, *factotum* del Regente. Sentábase en el lugar más retirado de la habitación, como queriendo evitar todo roce con los demás pretendientes. Bajo su brazo llevaba un voluminoso manuscrito. Su traje, de los más sencillos y acusando largos servicios, era siempre el mismo. Los veteranos de la antecámara decían que este hombre hacía ya trece años que solicitaba con el mismo traje, el mismo memorial y el mismo éxito.

Santiago Cassard tendría entonces la edad de cincuenta y ocho años. Su nombre, pronunciado ante la gente de mar, evocaba apenas un vago é incierto recuerdo y producía en cualquier otra persona una sonrisa de compasión. Era, pues, un anciano de pobre traza, mal vestido, habitando Dios sabía donde, importunando á Su Ema. con obstinación impropia y, lo que es peor, del todo inútil. La librea ministerial, que le conocía de antiguo, le ha-

bía bautizado con este nombre: el infeliz Santiago.

Una sola vez los favores de la corte fueron dispensados á Santiago Cassard. En 1713, de regreso de una campaña gloriosa en las costas de Africa y en el golfo de Méjico, Luis XIV le nombró capitán de navío y caballero de San Luis; pero la paz de Utrecht, ocurrida el mismo año, hizo inútil tal nombramiento. Cassard, que había procurado al Tesoro sumas inmensas, no conservó para sí más que la gloria; era pobre, y no pudiendo obtener mando alguno, debió comenzar su ruda tarea de pretendiente.

Pero, necesario es decirlo, si algún hombre hubo inepto é inhábil para esto, lo fué nuestro bravo marino. Rudo de lenguaje, inflexible, melancólico y tan arrogante que sus contemporáneos le negaban la parte de gloria que con tanto valor conquistara, Cassard llegaba á la casa del Ministro con semblante hostil y resueltas pretensiones. No suplicaba, como todos los demás, lo que Su Ema. quisiese concederle en su liberalidad, una prebenda, una pensión, cualquier beneficio, en fin; reclamaba una *cosa que le era debida*; cosa que en todos los ministerios origina singulares dificultades. Con frecuencia se le propusieron rentas en forma de indemnización, porque sus servicios eran de aquellos que hablaban demasiado alto para no relegarlos por completo al olvido. Pero entonces Cassard retorció fieramente su canoso bigote, diciendo:

— Yo pido justicia, y nada quiero que, so color de indemnizarme ó recompensarme, sea una parte de los despojos del pueblo.

Y presentaba un memorial de diminuta letra y colosales dimensiones, que hubiera espantado al más intrépido de los empleados.

El memorial, á pesar de esto, era concluyente. Hé aquí, en sustancia, lo que en él se exponía:

En 1709, la Francia, por consecuencia de un invierno el más horrible de que se conservaba memoria, fué afligida con una escasez general. De todas las provincias, principalmente de las del Mediodía, los lamentos llegaban hasta el Trono. Luis XIV, para alejar en cuanto fuese posible este azote, dispuso pedir al Gran Señor, por conducto de M. de Friol, su representante, autorización para comprar cereales bajo el pabellón francés en las escalas de Levante, lo cual fué permitido por Su Alteza.

Al punto, la ciudad de Marsella hizo partir 26 buques. La guerra estaba encendida por toda Europa, y el Mediterráneo, cubierto por cruceros de diferentes naciones enemigas, ofrecía una de las más peligrosas navegaciones. La ciudad de Marsella, temiendo por el regreso de sus naves, buscaba un reputado marino que pudiese escoltarlas. Cassard, aunque joven entonces, era ya conocido por sus brillantes hazañas marítimas. Los comerciantes marseleses le suplicaron saliese al encuentro de su flota y la escoltara hasta el puerto.

Cassard escogió dos buques de guerra, el *Eclatant* y el *Serieux*, y, siguiendo la costumbre, los armó por completo á sus expensas. Los regidores debían, después de la campaña, reembolsarle de sus adelantos y abonarle además una fuerte suma como premio del servicio hecho á la ciudad.

Cassard se hizo á la vela. Otras veinticinco embarcaciones mercantes de Marsella, se colocaron bajo su protección en la rada y no quisieron abandonarle. En esta época, le hubieran voluntariamente erigido altares en la ciudad. Todos estos ricos y ávidos comerciantes veían en él, no al hombre que iba á llevar algún alivio á la provincia hambrienta, sino al campeón de los capitales puestos fuera de su poder para el armamento de su convoy.

La ciudad en masa, con sus regidores á la cabeza, fué á saludar las dos naves en el momento de levar y dar la vela. Estrechábanse las manos, orábase devotamente para obtener la pronta vuelta del capitán, y en su honor las gorras y sombreros fueron suspendidos y agitados.

Los dos buques navegaron juntos hasta el cabo

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

COMPAÑÍA COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.

OBRAS COMPLETAS

SANTA TERESA DE JESÚS

ordenadas y adicionadas por el
DR. D. VICENTE DE LA FUENTE

Novísima edición esmeradamente impresa en seis volúmenes en 4.^o, adornada con un precioso retrato de la Santa, grabado en acero. Se vende á 20 pesetas el ejemplar en todas las librerías de esta corte y en el despacho de la Compañía de Impresores y Libreros del reino, á cargo de D. Juan Antonio Aleocer, calle de San Bernardo, núm. 92, donde podrán dirigirse los señores librerías para obtener las bajas de costumbre.

MÁS DE UN MILLON DE PURGAS EN UN AÑO

CON LA ACREDITADA

AGUA DE LOECHES (La Margarita)

Prueba la general aceptación de un específico *sin rival* para las esferúlas, herpes, sífilis, úlceras, desarreglos de la menstruación, flujo blanco, infartos de la matriz, erisipelas, ictericia, malas digestiones, estreñimiento pertinaz, etcétera. Venta del agua en botellas en todas las farmacias y droguerías principales. Depósito central y único en España, JARDINES, 15, bajo, donde se abonan cuatro cuartos por cascotes.—IMPORTANTE: Esta agua, premiada en todas las exposiciones donde se ha presentado, ha obtenido medalla de oro, premio superior concedido en la exposición especial *balneológica* de Francfort Alemania, cuyo jurado se componía de los mismos dueños demananciales de aquel país, rindiendo así justo tributo á este de España, que está considerado como el primero en su clase en el mundo y *sin rival* por todo el protomedicato.

Negro, en cuyo lugar se separaron. El *Serieux* siguió su rumbo escoltando el segundo convoy hasta Malta. El *Eclatant*, á cuyo bordo iba Cassard, se adelantó al encuentro de las embarcaciones cargadas de cereales, con las que se ha unido y siguió luego.

Sobre la costa de Africa, á la altura de Biserte, señaló el vigía, en la misma dirección de la nave, una escuadra inglesa de quince velas. En el mastil de mesana de uno de estos buques veíase un pabellón cuadrado.

Bien pronto se declaró el temor en la flota marsellesa, que emprendió la fuga á toda vela. El *Eclatant* era un buque de cincuenta y cuatro, en buen estado y de mucho andar; Cassard hubiera podido seguirla, pero cumplió con su deber. Para proteger la fuga de las embarcaciones mercantes, se puso al paio y aguardó á los ingleses. Estos, asombrados de tal exceso de audacia, cayeron seguidamente sobre él. Tres buques le rodearon, y Cassard no muestra otra intención que la de ser sepultado con gloria bajo los restos del suyo.

Sin embargo, con su mosquetería solamente, respondió á los dos primeros ingleses que maniobraron para colocarle entre dos fuegos. Su velamen hallábase todavía intacto, y cuando los ingleses creían segura su victoria, Cassard pasa por medio de ellos á tiro de pistola y larga una andanada por ambos costados. El efecto fué inmediato y terrible; las dos naves, acribilladas, desarboladas, se reunieron en desorden al resto de la escuadra, y Cassard se encontró solo frente al tercer inglés que llevaba el pabellón cuadrado y lucía setenta portas.

Volvió á cargar su artillería; los marinos, animados por el ejemplo de su jefe, cuyo peligro parece exaltar su arrojo, hacen maravillas. El inglés, que se prepara á arrojar sus arpeos de abordaje, es abordado y sólo escapa á una segura presa gracias á un incendio que se declara de repente en su popa.

El *Eclatant* tuvo que desprenderse á toda prisa.

Después de esta increíble proeza, realizada á la vista de una escuadra de quince velas, Cassard, pensando que en adelante la flota de mercaderías estaba fuera de peligro, trató de huir á su vez. Toda la escuadra le persiguió; pero el *Eclatant* era, como hemos dicho, de mucho andar. Al amanecer sólo dos buques ingleses quedaban á la vista. Cassard se preparó de nuevo al combate.

Esta segunda lucha tuvo lugar frente á Porto Farino, cuyos habitantes, reunidos en la ribera, aplau-



EMMO. SR. D. FR. JOAQUÍN LLUCH Y GARRIGA

Cardenal Arzobispo de Sevilla. † en 22 de Setiembre último.

dían con entusiasmo las sabias y atrevidas maniobras del capitán francés.

Cassard, en efecto, logró alejar una tras otra, y después de un combate que no duró más de una hora, las dos naves enemigas. La menos fuerte huyó y se juntó á la escuadra cuyas velas asomaban en el horizonte. La otra, poderosa embarcación de sesenta y cuatro cañones, quedó tan maltratada, que se fué á pique en el acto, mientras que Cassard entraba triunfante en Porto Farino.

El *Eclatant* había recibido en los dos combates ocho cañonazos en su línea de flotación. Mástiles, velamen y jarcia estaban acribillados. Perdiera además sesenta hombres. El *Serieux* se le reunió bien pronto, así como los buques que conducían las mercancías. Cassard, no habiendo podido todavía repa-

rar sus averías y no encontrándose en estado de seguir su viaje, encargó al *Serieux* que escoltase la flota hasta Marsella, como tuvo lugar.

Cassard tampoco se apresuraba. En su conciencia existía la convicción de que había llenado sus deberes. Después de detenerse algo en Porto Farino, prosiguió su viaje á Francia, apoderándose en su camino, ya de un inglés cargado de aceites, ya de una pequeña flota de corsarios holandeses. Cuando la mar estaba en calma y ninguna vela blanqueaba en el horizonte, el buen capitán, sonriéndose y frotándose las manos, se entregaba á pensamientos halagüeños, preocupándole agradablemente la acogida que en Marsella le aguardaba. ¡Qué alegría y reconocimiento por parte de estos honrados comerciantes! El *Serieux* anticiparía sin duda el relato de sus proezas. Su retorno iba á ser una verdadera ovación.

A la vista ya de Marsella se apresuró á arreglar su persona para no deslucir la fiesta que iba con seguridad á ofrecérsele.

El *Eclatant* arrojó el ancla; mas no produjo ni en el puerto ni en la ciudad movimiento alguno perceptible. Asombrado Cassard, salta á su canoa y desembarca luego en el muelle. Ningún alto y grueso regidor, ningún comerciante, ni el de menos importancia si quiera, estaba allí para recibirle.

El capitán se formalizó al pronto: era aquello una falta de consideración para el menos extraño; mas aún no llegara el término de las sorpresas.

En la casa-ayuntamiento, todos estos amables comerciantes, que no tenían bastantes sonrisas para animarle á partir, le exhibieron sus desagradables rostros, afeados por un inequívoco mal humor.

Cassard no podía sufrir esto con paciencia. Exasperado ante esta íncua acogida, recurrió á su voz de abordaje é hizo temblar sobre su sillón al mismo preboste. Exigió perentoriamente sus gastos de á bordo, que, comprendiendo el pago de marineros, armamento, reparaciones, etc., etc., ascendían á más de dos millones, y luego la indemnización prometida.

(Se continuará.)

TIPOGRAFÍA GUTENBERG

Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Calle de Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.

HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.

FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid